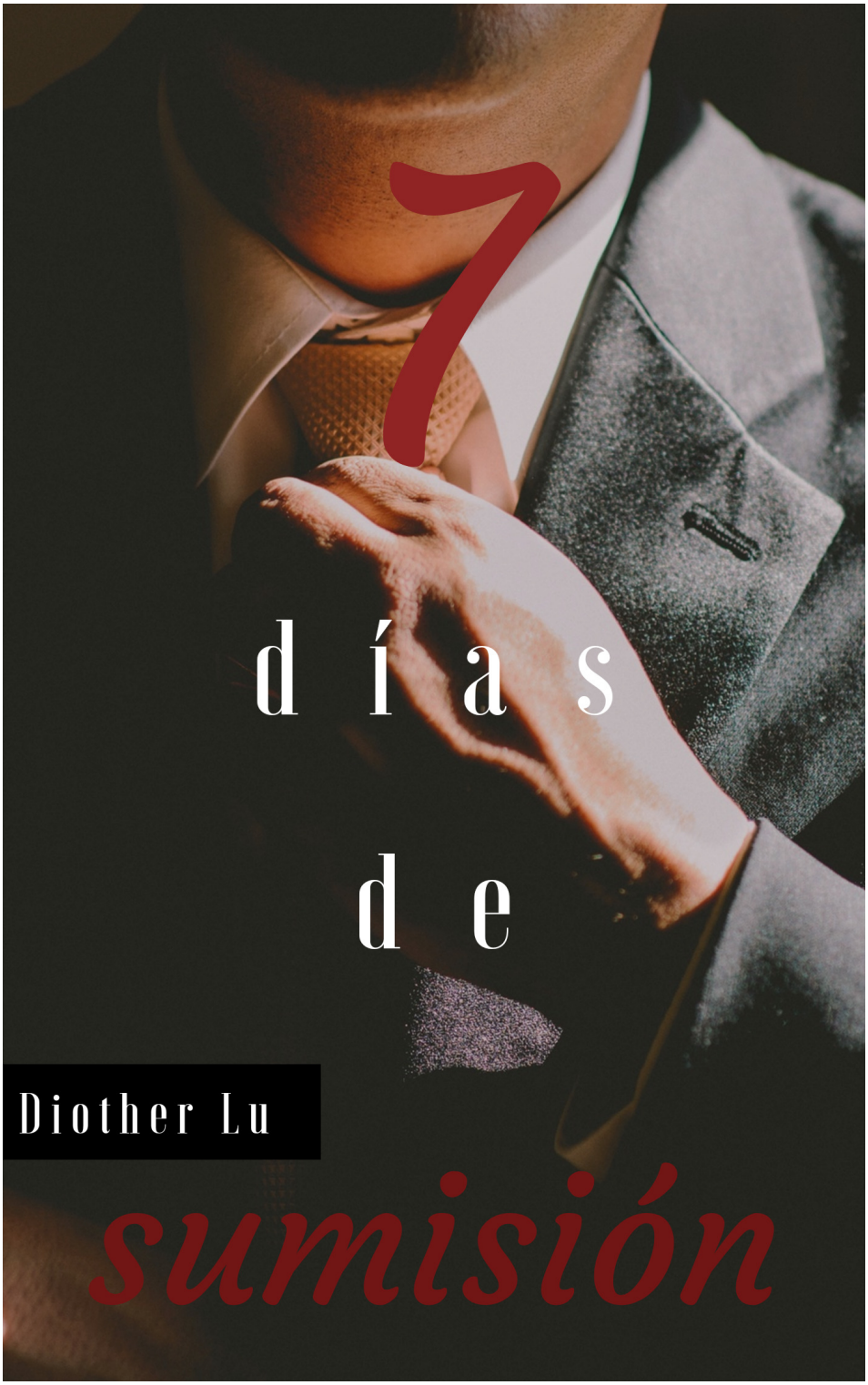
7 días de sumisión (Larry Stylinson) [EN VENTA]

Diother Lu



Capítulo 1

1

¡Prefiero un hijo muerto antes que un hijo artista!

Louis despierta entre sudores fríos, respirando dificultosamente. Cuando se percata de que solo ha sido una pesadilla vuelve a tirarse sobre la cama y suspira, las palabras aún suenan vívidas dentro de su cabeza y teme que se hayan quedado grabadas a fuego. Se pasa la mano por el pelo, apartándolo de la cama y mira de soslayo el reloj; las tres de la mañana.

Duda que pueda volver a conciliar el sueño. Siempre es extraño dormir en una cama nueva y entre paredes que no te conocen; eso le hace sentir lejos de casa, pero ahora mismo es lo que necesita: huir de ese ambiente tóxico y poder cumplir su sueño o al menos tener la oportunidad de intentarlo.

Se levanta de la cama y saca una de las libretas por estrenar de dentro de su mochila, coge también un bolígrafo negro y se sienta en el suelo, apoyado contra la incómoda cama. No quiere ir el primer día de universidad soñoliento y pareciendo una especie de muerto viviente, pero demasiadas noches en vela en su vida le han enseñado que cuando sueña con sus padres, no vuelve a pegar ojo en toda la noche. Siente el pecho punzar con dolor y hace lo único que sabe para aliviarse: escribir.

Aunque la tinta salga intermitentemente, aunque el pulso le tiemble. Lo único que ha tenido nunca son sus palabras, así que solo ellas pueden acompañarlo en momentos duros.

La alarma suena y Louis da un bote, tropezándose y cayendo sobre la cama; los muelles crujen estruendosamente y los bultos del colchón hacen que la caída sea tan mala como si hubiese sucedido en el suelo. No recuerda haberse quedado dormido, pero eso es lo de menos. Cierra la libreta llena de palabras ininteligibles y manchas de lágrimas y la guarda de vuelta en la mochila. Ve la hora con cierta preocupación, así que simplemente se lava la cara con agua fría para despejarse y peina su cabello castaño con desgaire. Huye de su reflejo cuando sale del baño, luce tan desvaído que el azul intenso de sus ojos parece más bien un gris apagado.

Se da lástima a sí mismo, pero sabe que no tiene tiempo de auto compadecerse. Agarra sus cosas, junto a una manzana y un pequeño zumo antes de salir corriendo desde el motel donde ha dormido hasta la estación de tren. Después de llegar pasa una aburrida hora en el tren

hasta que llega al campus.

Cuando por fin baja del transporte siente las piernas rígidas y doloridas, probablemente por la falta de sueño y porque ha pasado todo el viaje de pie al cederle el asiento a una anciana; no le molesta que ahora caminar sea un poco más difícil, la sonrisa agradecida de la mujer ha valido la pena para él. Además, el ama complacer a la gente, hacerlos felices.

—Disculpa. —dice tocando el hombro del primer tipo solitario que ve, puesto que odia acercarse a grandes grupos e interrumpir. Cuando el hombre se voltea no puede creerlo.

Es tan bello que baja instantáneamente la mirada, esperando llegar algún día a merecer esa visión hermosa. Tiene el cabello formado por hermosos rizos café, los ojos más verdes y más intensos que jamás haya visto y una sonrisa tan deslumbrante que el sol tendría envidia, además está coronada por un par de hoyuelos.

—¿Sucede algo? —pregunta con una voz gruesa, pero tranquila. Un escalofrío recorre el cuerpo entero de Louis y casi se le olvida cómo hablar.

—Es mi primer año, estoy buscando el aula ciento uno. —el tipo eleva mínimamente una de sus comisuras y señala con simpleza la entrada de la facultad.

Louis se siente ridículo cuando, a través de las puertas transparentes, puede observar que el aula ciento uno es justo la que está delante de todo.

Avergonzado, se sonroja y se marcha cabizbajo, tras hacer una pequeña reverencia pues las palabras no salen de su garganta. Se apresura a llegar al sitio, aunque va bien de tiempo; cuando entra al aula apenas hay veinte estudiantes repartidos de forma rala por el lugar. No quiere sentarse muy asilado y descollar entre los grupos de gente, pero tampoco va a irrumpir en uno de ellos y simplemente tratar de integrarse, él no es bueno en eso. Simplemente mira la gran aula y se queda petrificado cuando el sonido de la puerta hace que todos lo escruten durante un minuto. Una vez no tiene ojos en él, quemándole, decide sentarse al final, tras un pequeño grupo de gente.

Abre su libreta y trata de retomar su escritura donde la dejó en la madrugada, pero el sonido de la puerta lo distrae y, por curiosidad, mira; lo hace de reojo porque a él no le ha gustado que todas las cabezas se giran hacia él y no quiere hacer sentir incómodo a quien sea que ha entrado.

Se sorprende gratamente al ver el mismo cuerpo alto y escultural al que le ha pedido ayuda en la salida. El hombre no se detiene a mirar a nadie y simplemente se va el extremo más alejado y vacío del aula y se sienta, sin prestar mucha atención a su alrededor.

—¿Has visto a ese? —Louis escucha a un chico de la fila de delante hablar demasiado alto y no puede evitar fijarse en sus palabras. —¿No es muy mayor para estar aquí? ¿Qué tendrá? ¿Veinticinco años?

—Lo he visto antes, en la entrada. Ha venido con un puto Lamborghini, seguro que es un ricachón de mierda que solo estudia para matar el tiempo. Qué asco. —Louis se escandaliza por el odio en la voz del chico y suelta una pequeña exclamación.

Todos se voltean y lo miran con mala cara. El hombre que estaba hablando levanta una ceja, chasquea la lengua y se levanta; sus compañeros le imitan y todos se mueven unas filas más adelante. Louis no puede encontrarse más avergonzado; pega la cara a su libreta y oculta su rubor mientras se martiriza por haber llamado la atención de esos chicos. Realmente su intención no era espiar, pero estaban hablando de ese tipo y no ha podido evitar prestar atención.

La mirada de Louis cruza un campo de sillas vacías y observa al hombre. Luce más maduro que ellos, pero no desmejorado, es realmente hermoso y aunque sí advierte que viste con prendas que no lucen baratas, no le parece ninguna clase de fanfarrón. Algo en sus ojos le apena un poco, parece triste. No comprende por qué todos le miran y susurran cosas de él poniendo muecas de asco; él sabe que los ricos suelen ser imbéciles, pero él de veras no parece nadie malo.

Durante las clases no puede evitar mirarlo y quedarse embobado tanto en su belleza como en su aura segura y tranquila. A penúltima hora una de las profesoras termina la clase medio hora antes por una razón que Louis no atina a escuchar. En ese momento reúne el valor que le queda y se levanta.

Anda con torpeza hacia el chico, mira al suelo, a sus pies para ser más exacto, y tiene la sensación de que sus huesos se transforman en gelatina cuando está lo suficientemente cerca como para que el hombre levante la vista y lo vea acercarse. Louis saluda amablemente con su mano y se sienta a su lado. Aún sin mirarle a los ojos coloca las manos sobre sus muslos y trata de enderezar su postura para no dar una mala impresión.

—Gracias por lo antes…

—Harry, me llamo Harry. —le dice el hombre al ver el tono en que Louis termina su frase. De nuevo, la voz parece entrar por sus oídos y molerle el cerebro desde el interior. Es tan varonil y a la par dulce. —Y no hay de

qué.

—Yo me llamo Louis, encantado. —sabe que extender la mano sería lo correcto en ese momento, pero es incapaz de moverse así que permanece estático.

Su vergüenza se aleja un poco cuando el tipo le sonríe y repite su nombre bajito, dejado que sus labios lo hagan sonar demasiado bien. Le gustaría ser tan maravilloso como su propio nombre en la boca del otro.

—No creo que debas juntarte conmigo si quieres hacer amigos, chico tímido, al resto de los compañeros parezco no agradarle. —dice casi riendo. Sus comisuras se elevan mostrando una sonrisa amarga y alza las cejas, como si le sorprendiese todo aquello.

—No pasa nada, es cruel que te juzguen ¿No te importa? —Louis observa ojiplático como se encoge de hombros; él casi se pone a llorar cuando esos chicos lo dejaron solo por haberlos escuchado.

—Solo me importa lo que piensa la gente a la que amo y que me ama a mí. —sentencia monótonamente, pero, aunque su frase está llena de convicción, también lo está de amargura. Louis se pregunta cómo alguien puede ser tan robusto.

—Supongo que esas personas deben pensar bien de ti si te aman. —ríe Louis, el rostro de Harry se curva en una sarcástica mueca.

—¿Personas? Solo hay una y soy yo mismo. El resto del mundo es como esos imbéciles. —dice extendiendo la palma con una pequeña rotación, abarcando así la clase entera.

El más pequeño de ambos se sorprende por una confesión así, pero también se siente un poco identificado; la única diferencia es que ni él mismo piensa bien de él.

—Oh… A mí me agradas. —confiesa tímidamente. El otro chico lo mira sonriendo y Louis baja la vista de nuevo, perseguido por el latir de su corazón resonando desde su garganta.

—Mírame a los ojos cuando me hables. —Louis se estremece, la voz de Harry suena suficientemente poderosa como para atravesarle y disparar su vista hacia arriba en un inmediato acto de obediencia. Harry está frunciendo el ceño y su expresión dura es demasiado peligrosa de ser mirada: atrapa y enloquece al corazón. —Ahora, repítelo.

—D-Digo que me agradas… —susurra el chico. La tentación de desviar la mirada lo atosiga, pero algo en la forma en que los iris verdes lo

mantienen en el punto de mira le dice que no lo tiene permitido.

—Así está mejor. —concluye el extraño tipo, ahora con un tono más amable y un extraño brillo en su mirada desvaneciéndose.

El cuerpo de Louis se destensa un poco, siente que una tensión enorme ha sido liberada y ahora se encuentra a gusto y satisfecho de sí mismo, pero ¿Por qué?

El profesor de última hora llega, comenzando a hablar sobre futuras evaluaciones y fechas de entrega desde el primer segundo en que pone un pie dentro del aula. Todos copian rápidamente lo que dice en las agendas de la universidad.

Harry atiende a sus palabras después de abrir la suya, pero desiste en intentar apuntar esa enorme cantidad de tareas y exámenes. Deja el bolígrafo sobre la agenda con un resoplido de frustración y los dos segundos Louis le está pidiendo permiso para apuntar las cosas que él no ha podido. Tan pronto se lo da el chico toma el bolígrafo de Harry y, copiándolas de su propia agenda, anota todas las fechas en las de su compañero.

Cuando Harry le agradece en voz baja Louis parece la persona más feliz del mundo. Él ama hacer cosas por la gente que le gusta y aunque no conoce mucho a Harry, se siente tranquilo y seguro a su lado.

El profesor mete la lista de clase en el maletín y se despide, la clase ha terminado y también su primer día de clases. Louis empieza a recoger sus cosas, al igual que Harry; al primero le habría gustado compartir más tiempo con el segundo y conversar más, pero presupone que ahora cada uno irá por su lado.

—¿Vas a la cafetería a comer? —Louis realmente no sabía dónde comer, simplemente pensó que estaría bien coger comida rápida antes de ir al trabajo, pero cuando Harry le pregunta él solo asiente como si ese fuera su plan desde el principio. —Genial, yo también iré ahí.

—Uh, pero no sé dónde está.

—Da igual. Sígueme. —lo segundo suena más como una orden que como una sugerencia amistosa y Louis siente un revoloteo en el estómago.

Se levanta de golpe y cuando Harry echa a andar lo sigue con la cabeza baja y un poco por detrás de él. Siempre acostumbra a andar así con la gente, pero sorprendentemente a Harry no parece molestarle.

—Eres un chico muy servicial ¿No es así? —pregunta Harry poniéndose en la cola de la cafetería; una media sonrisa surca su rostro y Louis asiente,

enrojeciendo. —Tus padres deben estar muy contentos contigo. —comenta con desacierto.

Louis hace una mueca agria y baja más la vista; sus nudillos palidecen cuando él aprieta los puños, intentando contener todas las emociones que vienen a él cuando piensa en sus padres.

—Solo me gusta satisfacer a la gente, por eso soy así. Y mis padres nunca están contentos con nada de lo que hago, da igual.

El rostro de Harry ensombrece un poco al escuchar eso y escruta a Louis con firmeza. Sus dedos jugando entre ellos, su cuerpo tembloroso y la mirada huidiza mientras habla, así como sus dientes apretados.

—Yo sí estoy contento contigo, te comportas como un buen chico. —la frase es extraña, incluso podría uno pensar que está fuera de lugar, pero al escuchar esas palabras el corazón de Louis salta de alegría.

Ambos avanzan lentamente mientras los empleados llenan los correspondientes huecos de sus bandejas con comida. Louis no siente que vaya a comerse todo eso y le duele tener que pagar por una cantidad que no desea, realmente no tiene mucho dinero, por no decir que el que tiene en el banco va precedido de un signo de resta.

Cuando les toca ser atendidos Harry pasa primero y de su cartera saca un billete de cincuenta, que debe rebuscar entre muchos otros más grandes. Los ojos de Louis saltan al ver esa enorme cantidad, pero la sorpresa real llega cuando habla.

—Cóbrame también lo suyo. —la mujer asiente y se retira, con el dinero en mano, antes de que Louis pueda reaccionar.

—¿Qué? No, no, no. —dice con los ojos llenos de preocupación. Tira de la manga del tipo alto que le está pagando la comida y Harry de voltea con una expresión ecuánime. —No hace falta, de veras, Dios mío, lo siento… Te lo devolveré y…

—Louis, cállate. Si quiero pagar por ti lo hago y lo único que vas a decir al respecto será ‘’gracias’’, no ‘’lo siento’’, no tienes nada de qué disculparte. —Louis esboza un agradecimiento con sus labios, pero nada audible sale de ellos.

Está claro que Harry tiene un carácter fuerte, pero no le desagrada. Ha pagado su comida y además no le ha dejado humillarse a sí mismo disculpándose y todo con ese tono tan varonil que convierte sus huesos en gelatina.

Cuando ambos se sientan juntos en la mesa un silencio incómodo de forma entre ellos y Louis se siente ansioso.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?

—¿Sobre mí? —pregunta el menor, sus ojos azules resplandeciendo hacia el tipo cuando escucha que tiene interés en él. —No veo que hay en mi vida que pueda resultarte interesante. Solo vengo de una familia humilde y muy trabajadora; mis padres siempre han querido que sea un abogado o un médico que los saque de la clase obrera, pero a mí no me gustaban esas cosas, por eso ahora vivo solo y estudio lo que siempre he querido.

Harry asiente viendo como los ojos del chico se van a un punto lejano de la mesa y un brillo hidráulico se instala en ellos. Comprende que la familia de Louis fue opresiva y manipuladora, como todo padre que ve a su hijo como un instrumento, así que decide no tocar de nuevo el tema por el momento.

—Es realmente valiente de tu parte hacer eso. Yo también me fui de casa a tu edad, aunque por otros motivos.

—¿Cuáles? —pregunta Louis por inercia, al ver el rostro severo de Harry comprende que ha sido una mala pregunta y se tapa la boca. —Da igual, si no…

—No, no pasa nada. Mi familia siempre ha sido fría y muy poco soñadora; yo nunca me quise conformar con estudiar lo obligatorio y después trabajar, así que cree mi propio local. El negocio fue creciendo y al final he ganado más dinero del que imaginé. Ahora que puedo y que mi red de locales prospera puedo tomarme la libertad de estudiar algo por el simple placer de hacerlo.

Louis escucha su historia apoyando la barbilla en la palma de su mano y un suspiro melancólico escapa de sus labios. Él también tiene sueños y ambiciones y desearía más que nada en el mundo tener la suerte de Harry y triunfar, aunque lo duda; ese hombre es tan poderoso e imponente; sin embargo, Louis es pequeño, dócil y odia dar órdenes como un gran jefe de empresa; tampoco ve nada malo en ello, pero sabe que se servidumbre no es para nada el camino del éxito.

—Eso es impresionante. —susurra con un pequeño ápice de admiración.

—También es impresionante luchar como tú lo haces por estudiar lo que quieres. —Louis se siente gratamente sorprendido por esas palabras y abre los ojos con desmesura. De ser un estudiante y trabajador a medio tiempo había oído muchas cosas, ninguna buena hasta el momento.

—Gracias, pero no creo que…

—Te he dado un cumplido, tómalo y punto. —ordena Harry con voz aguardentosa.

Louis simplemente asiente y sigue comiendo en silencio.

—¿Te gusta eso? —pregunta Harry divertido al ver que Louis empieza por el postre la comida.

—Sí, las fresas son mis favoritas. —dice el chico tapándose la boca y llevándose otra frutilla a los labios.

Harry pincha una de su plato y la mira con desinterés.

—Yo prefiero los melocotones, iré a por uno de postre. Te doy las mías. —sentencia señalando el montoncito de fresas de su bandeja.

Louis une sus manos con ilusión y sonríe, realmente le encanta esa fruta y hacía demasiado que no la comía por que no podía permitírselas, pero por otro lado Harry ya ha pagado su comida, así que aceptar el postre del hombre sería abusar de su amabilidad.

—No creo que sea justo que yo tome tu comida.

Harry rueda los ojos al escúchalo y lo mira alzando una ceja.

—Louis, abre la boca. Ahora. —el chico se alarma por el tono de nuevo. Harry siempre habla sosegado, pero a veces un aura oscura y atractiva envuelve sus palabras, como si no usase esa voz con todo el mundo.

Louis se ve obligado a obedecer, pronto el dulce sabor explota en sus papilas gustativas y toma la fresa con delicadeza del tenedor. Agradece justo después de tragar el alimento masticado y se avergüenza cuando el otro vuelve a pinchar una fresa en el tenedor. Esta vez no necesita que Harry le ordene para separar sus preciosos belfos.

—Buen chico. —susurra tan bajo que solo el otro puede escucharlo.

La piel se le eriza al instante y desea que su amigo le de otra frutilla más para poder escuchar esa frase de nuevo. Lamentablemente un pitido emerge su bolsillo y saca su móvil para comprobar que es hora de irse.

—Llego tarde al trabajo. —explica a Harry. —Me tengo que ir ¿Nos vemos mañana?

—Eso espero.

Cuando Harry le sonríe a Louis se le olvida por completo lo jodido que está por tener que trabajar hasta las diez de la noche y aun así no poder obtener todo el dinero que necesita para estudiar y tener un techo bajo el que dormir.

Puede que Harry no vaya a solucionarle la vida, pero cuando Louis llega a casa, agotado y con ganas de dormir para no despertar de nuevo, ve en el espejo que el azul marino de sus ojos está un poco más vivo que antes de conocerle.

2

Louis entra corriendo en clase ya que no ha visto a Harry fuera, así que posiblemente él ya haya entrado y eso significa que debe estar solo, rodeado de gente que le mira como si fuese lucifer. Odia la idea de dejar a ese chico tan agradable pero heteróclito solo con esas personas, aunque él diga que le da igual. Corre como un loco hacia el aula para llegar pronto y tener unos minutos de conversación con Harry antes de empezar el día; mucha gente necesita un café de buena mañana, Louis necesita a Harry.

Una vez abre la puerta, acalorado y respirando algo fuerte, las miradas van a él de nuevo; el conocido grupito lo mira despectivamente y cuando se sienta por segunda vez consecutiva junto al Harry por segunda vez, los murmullos empiezan. Intenta no pensar en sus padres, susurrando cuando amigos suyos venían a casa y ellos hablaban mal de su propio hijo. Es un inútil, no sirve para nada. Dice que quiere ser escritor ¿Cómo si estúpido? Ojalá tuviera algo más que pájaros en la cabeza. Intenta olvidar. Él fue el mejor hijo que pudo, pero no podía dejar de ser él mismo.

Ayudó siempre a sus padres, sacó notas decentes y jamás se metió en un solo lío. Pero ellos no estaban contentos, Louis nunca descollaba. Ahí donde había na multitud, ningunos ojos se fijaban en los suyos por encima de los de todos los demás. Él era mediocre.

—¿Estás bien? —pregunta Harry cuando el chico no le saluda después de sentarse junto a él. Le preocupa ver los ojos de Louis brillosos.

—S-Sí, perdona. Estoy un poco agobiado ¡Por cierto! T-Toma… —murmura abriendo su mochila con torpeza para sacar de ella un pequeño paquetito.

Harry lo mira extrañado, enarcando una ceja, pero toma el regalo con confianza. Cuando lo abre ve un pequeño montoncito de galletas con chispas de chocolate que lucen deliciosas. El aroma sube a su nariz y se

deleita con su dulzura. Se pregunta si Louis sabrá así de azucarado.

—Tú me pagaste la comida, así que te traigo el desayuno; además el otro día comiste mucho y pensé que quizá estabas hambriento por no desayunar o algo así y me preocupe así que… bueno, así que te he traído galletas. —cada palabra que dice suena más ridícula que dentro de su cabeza y se siente realmente avergonzado. El color sube a sus mejillas y solo espera que al otro le gusten.

Coloca sus manos sobre los muslos y aguarda a ver su reacción.

—Gracias, eres un buen chico. —le dice el hombre, alzando una mano para dejar una mínima caricia sobre su cabello.

Louis siente que ha merecido la pena estar despierto hasta las dos de la mañana cocinando solo por ese contacto. Su piel hormiguea bajo los dedos del hombre, mandando descargas de placer por todo su cuerpo e incluso se inclina para buscar la palma de Harry.

Harry tamborilea con los dedos sobre la mesa mientras pasa la vista buscando la más apetitosa, deleitándose por la forma en que el menor espera pacientemente, pero a la vez ansioso de saber si ha complacido a su amigo. Finalmente, Harry selecciona una, la más grande. Se la lleva a la boca y cuando cae sobre la lengua abre enormemente los ojos.

Mastica y traga rápido, para poder hablar con el chico.

—Está realmente delicioso ¿Dónde las compraste? —pregunta con sorpresa. Él ama los dulces y como se ejercita constantemente y tiene dinero, puede permitirse comer muchos y de mucha calidad, pero no recuerda algo tan sabroso.

—Las hice yo. Mis padres jamás cocinaron para mí porque decían que era un inútil que solo sabía gastar, así que cocino desde hace mucho tiempo y se me da bien. —dice Louis, la sonrisa en su rostro se borra un poco por el tinte dramático de su historia, pero pronto desvía el tema. —Es la primera vez que cocino para alguien. —confiesa, ruborizado. Una enorme sonrisa surca el rostro de Harry, le gusta saber que es el primero, incluso en algo tan tonto. —¿De veras están ricas?

—¿Las has hecho tú y no las has probado? —pregunta Harry con incredulidad, comiendo otra galleta casi por inercia.

—No, claro que no. Quería dejarlas todas para ti, además soy un glotón y de haber empezado me las habría comido yo solo todas. —Harry ríe ligeramente por eso y un deseo enorme de comprarle dulces a ese chiquillo crece en su pecho; quiere que su boca pruebe cosas dulces y

después le dé un muerdo de su propio sabor a él.

—Abre la boca. —ordena el hombre con esa intimidante voz que Louis cree que jamás se cansaría de escuchar. El chico obedece al instante y un pedazo de galleta es introducida en su boca.

La masca notando lo bien que quedan el tacto crujiente de la masa y el cremoso del chocolate. Harry realmente tenía razón diciendo que estaban buenas, pero Louis no cree que sean para tanto. Tiene ganas de cocinarle algún día algo verdaderamente rico y decide que cuando termine de trabajar buscará recetas para cocinarle a Harry.

Harry mira como el pequeño acaba de tomar la galleta y se fija en una miga situada en la comisura de su labio. Sin mediar palabra sostiene la barbilla del chico con el dorso del dedo índice y pasa el pulgar por toda la longitud de su labio inferior.

Louis se queda quieto, sus pupilas dilatándose al contemplar el rostro concentrado de Harry; el hombre está frunciendo ligeramente el ceño y tiene sus llenos labios dibujando una línea horizontal, eso lo hace ver un poco enfadado y mil veces más condenadamente sensual. Un cosquilleo agradable permanece en su labio cuando el dedo pasa sobre él. Presiona un poco la comisura y cuando Harry aleja la mano de su cara Louis puede ver sobre la yema del dedo la miga causante de todo eso.

De nuevo hay un hormigueo que parece viajar por sus tripas. Harry lo mira a los ojos, llevándose a la boca el pulgar y lamiendo el resto de comida con descaro. Su maldita expresión es de una procacidad que Louis no puede digerir.

Lo mira, tragando saliva y bisbisea:

—Me alegro de que te hayan gustado… —dice, refiriéndose a las galletas.

—Me gustan las cosas dulces. —expone, es algo que Louis ya sabía, pero desconoce que significa cuando es dicho con ese tono lento y suave de Harry. —Louis.

Se sobresalta al escuchar su nombre, pero no tiene tiempo de preguntar nada: la puerta rechina anunciando la llegada del profesor y se sorprende al ver que el aula se ha llenado sin que él pudiera percatarse.

3

—Siento no haberte traído el desayuno hoy… —gimotea Louis tras llegar a clase.

Harry sonríe mientras le resta importancia al hecho con un gesto de mano. No es como si Louis tuviera una obligación real de prepararle la comida o algo así, pero le gusta que así lo sienta. Ama ser complacido y recompensar a quienes le satisfacen.

Se pone un poco triste porque tras las galletas del martes y los bollitos de limón que trajo al día siguiente, estaba deseando ver que le traía el chico hoy. Harry abre su agenda para comprobar los horarios de clase, verificando que en su carrera solo deben asistir a clases de lunes a jueves, así que ese es su último día antes del fin de semana.

—Louis, hoy voy a invitarme a comer en un lugar que me gusta. —dice Harry sin más; el corazón del menor da un vuelco con alegría, pero después declina su oferta.

—¿Qué? No, no puedo dejar que gastes más dinero en mí, está mal.

—No te estaba preguntando, te estaba avisando. —le reprende Harry, con una enorme sonrisa en el rostro que lo hace más diabólico y codiciado.

—Pero…

—Louis. —su tono de voz obscuro vuelve.

El más pequeño se deshace por dentro y no le queda otra que asentir y obedecer, no quiere hacer enfadar a Harry y en el fondo desea ir con él a comer, sobretodo porque el día anterior lo hizo solo, de camino al trabajo, cuando Harry le dijo que tenía demasiada prisa como para quedarse. Le dijo que no pasaba nada, lo que pasó es que lo extrañó demasiado.

—Cuando yo quiera darte algo lo vas a aceptar sin preocuparte por el dinero. No soy un derrochador, así que si te invito a algo es porque puedo hacerlo y porque quiero.

Louis sonríe y asiente y Harry le da otra leve caricia en su cabeza. Eso parece ocupar su cerebro por toda la mañana hasta que las clases acaban.

—Ven. —dice el mayor levantándose, andando hacia la salida.

Louis le sigue, trotando para alcanzarlo.

—Harry, yo me tendré que ir pronto, tardo una hora en llegar al trabajo. —Harry asiente, comprendiendo la situación.

—No te apures, este lugar está al lado.

Cuando andando en línea recta desde la salida del edificio Louis se siente tentado de decirle a Harry que la entrada a los ferrocarriles, al metro y al tren están en dirección contraria, pero sus pasos son marciales así que decide que si está tan seguro de a dónde va, él va a seguirle. Va al parquin, más concretamente hacia un coche enorme y seguramente más caro que todo lo que Louis ha podido tener en la vida.

No quiere ni acercarse ahí, tiene tanto miedo de romper, manchar o rayar algo. Él no podría pagarlo ni vendiendo su pulmón e hígado.

Harry rodea el coche y abre la puerta el copiloto, sujetándola para él.

—No me hagas esperar. Pasa. —dice en un tono duro. No está enojado, pero cuando habla de ese modo deja muy claro que quiere ser tomado realmente enserio.

El chico da un respingo y corre hacia el lugar. Cuando se acomoda descubre que el asiento del auto de Harry es más cómodo que su maldita cama; se queda embobado por la sensación de la piel y el relleno sobre los que está.

Entonces Harry, que ha entrado sin que Louis se percate, se inclina hacia él y le pone el cinturón de seguridad como si se tratase de un crío. Louis se siente tan avergonzado.

Harry pone la radio, una canción lenta suena de fondo y el rumor del motor apenas se escucha, cuando el coche arranca parece que se deslice. Él simplemente está alucinando, ya que lo único que él ha usado nunca es el transporte público. Harry no le habla durante los cinco minutos de viaje, solo lo deja disfrutar y lo observa por el rabillo del ojo poner expresiones pueriles y tiernas. Se pregunta cómo reaccionará Louis cuando vea su casa.

Una sonrisa se dibuja en sus labios cuando lo imagina en su dormitorio. Tendrá una expresión tan espléndida en la cara.

Cuando llegan al lugar Harry baja del coche y Louis simplemente no puede moverse al ver a donde le ha llevado. Él nunca ha visto el lugar hasta ahora, pero sabe que el nombre Dent d’elite pertenece al restaurante más lujoso y caro de toda la ciudad.

Su puerta se abre y ve a Harry esperarlo fuera, sosteniéndola.

—No, no, no ¡No puedes haberme traído aquí! —exclama Louis saliendo del coche y riendo histéricamente. —Es que, es una locura. Un mes de mi sueldo es un plato de pasta de aquí, no puede ser, no puede…

—Louis. Está bien. —usa un tono tranquilizador que casi lo toma por sorpresa.

Después coloca una mano en su espalda baja y tras trazar círculos que lo sosiegan, lo empuja hacia dentro del lugar. Harry siempre se comporta autoritario y dulce con él, al mismo tiempo a veces y eso le cofunde, aunque tiene bastante con saber que le hace sentir bien.

Cuando ambos entran Louis descubre que Harry ha reservado una mesa para ambos en una zona algo solitaria porque sabe que su amigo odia tener muchas miradas encima y, vestido informal en un lugar como ese, las iba a obtener seguro.

Ambos se sientan en la mesa y cuando Louis ve el menú, suelta una maldición ¡Incluso es agua es demasiado cara!

—Me gustaría pedir por ti. —dice Harry viendo como el chico abre más y más los ojos con cada precio nuevo que ve. Dicho eso le arranca el menú de las manos. —Tú cogerías lo más barato solo porque crees que es una molestia pedir otras cosas, así que te pediré algo que sea sano y sea delicioso también. No quiero objeciones.

Louis siente la tentación de disculparse, pero cambia de idea.

—Gracias. —susurra, sonrojado.

Cuando el camarero llega para pedir la orden es Harry quien habla y Louis no entiende ni una palabra; llega a preguntarse en cierto punto si realmente le está diciendo los platos o si es un alienígena mandando un mensaje a su planeta en su lengua natal.

—He pedido pasta para ti, estás muy delgado así que los carbohidratos te vendrán bien. También he pedido pescado con verduras de segundo, seguramente necesites más aporte calórico y vitaminas.

—Oh, gracias. Lo siento si es desagradable, no tengo mucho dinero como para comer bien. —admite apenado. Tira de las mangas su suéter, tratando de tapar la forma exagerada en que los huesos de su muñeca sobresalen.

—Eres hermoso. —le corrige Harry, con una seguridad en sus palabras que Louis envidia. —Pero quiero que estés saludable. Mañana posiblemente compre muchos alimentos que te convendrían, puedes venir a mi casa a comer si quieres.

—Oh… —suspira Louis suavemente, con un halo de tristeza. —Es que trabajo de lunes a jueves por la tarde, pero el resto de días lo hago desde

las nueve de la mañana hasta la noche.

—Eso suena como una completa mierda. —Louis ríe al escuchar eso. Dos platos humeantes son puestos frente a sus narices y al chico se le hace la boca agua.

—Es una completa mierda, pero es lo único que puedo hacer para estudiar. —habla rápido, deseando probar la comida.

Se quema un poco el labio en el primer bocado, pero merece la pena cuando el sabor del pesto y el queso se funden cremosamente en su paladar, con la pasta deslizándose entre ellos, dando una textura más sólida y agradable.

—¿En qué lugar trabajas?

—Soy camarero en un lugar horrendo llamado Hamburgofertas. —ríe después de decir eso. —Un día me despedirán por reírme de un nombre tan lamentable. —acto después rompe en carcajadas.

Harry sonríe por el hermoso sonido. Decide que quiere escucharlo más, así como todo el abanico de sonidos que su boca pueda producir.

—¿Y cuánto te pagan? Debe ser mucho por tantas horas.

—Bueno… Trescientos al mes. —se encoge de hombros al decirlo y susurra, preocupado de que alguien escuche tan penoso contrato. La felicidad desaparece de su expresión y rueda la vista hacia el suelo.

Para Harry seguramente eso sea una propina o algo así, no un sueldo digno. El hombre saca su teléfono del bolsillo y parece consultar, algo, después asiente y retoma la conversación, cambiando de tema, pero quedándose algo pensativo.

—¿Está rico?

Louis abre la boca con una gran sonrisa dispuesto a afirmar vehementemente, pero el pitido de su teléfono lo interrumpe; ni siquiera ha llegado a tocar el segundo plato.

—Mierda, lo siento. —dice levantándose. Le duele tanto dejar a Harry comiendo solo.

—No pasa nada. —él alza la mano, llamando la atención del hombre que les atendió antes. —La cuenta, pon el resto para llevar.

Louis se siente peor que antes, Harry está interrumpiendo su comida

también por él.

—No es necesario que… —Harry le corta, alzando la mano mientras él entrega su tarjeta a al hombre.

El tipo se la devuelve junto a una bolsa con la comida pulcramente envuelta. Harry se la entrega a Louis y este se siente estúpido al haber pensado por un momento que u hombre rico como él querría llevarse las sobras a casa. De todos modos, lo agradece bajito.

Ambos salen del local y Louis mira a los lados algo desorientado.

—¿Sabes dónde está la estación de tren más cercana? Lo buscaría, pero mi teléfono no tiene internet.

—No seas ridículo, sube al coche. He mirado dónde está ese lugar y te voy a llevar. —Louis abre los ojos desmesuradamente y camina inercialmente hacia el asiento del copiloto cuando Harry le sujeta la puerta, pero se detiene en seco.

—Eso está a media hora y después tendrías que volver a tu casa y seguro que eso te lleva mucho tiempo. No, ya has hecho mucho por mí hoy y te lo agradezco, no es necesario. —Louis hace una pequeña reverencia y cuando da la vuelta para irse y pedirle indicaciones a otro, Harry lo detiene.

Su cuerpo entero de paraliza cuando una enorme mano envuelve su bíceps por completo. Puede sentir el poder de ese agarre recorrerle el cuerpo e inmovilizarlo.

—Deja que cuide de ti, chico tímido. Ahora, sube al coche. —Louis no puede más que agradecer de nuevo y obedecer.

Cuando llega al trabajo nota que hoy le dan más propina y no se percata de por qué hasta que él mismo nota en sus mejillas la tensión de sonreír tanto.

4

Louis está en su asiento sintiéndose diminuto y querido. Harry ha sido muy bueno con él esta semana también, como la anterior, pero hoy es el día que más le ha hecho sentir, con un gesto tan pequeño como darle su abrigo porque ha visto que estaba tiritando de frío.

Escondido en esa enorme y calentita prenda, Louis puede sentir el calor del cuerpo de Harry y fantasea imaginando que lo abraza; solo tiene que cerrar los ojos e inspirar para que el aroma varonil y agradable de Harry le llene los pulmones. Se siente borracho de ese hombre y al parecer es

uno de esos ebrios que siguen tomando después de rebasar el límite.

Se mezclan en él una alegría tórrida y la sólida tristeza que lo aplasta los jueves y pesa sobre él hasta el lunes siguiente, cuando vuelve a ver al dueño de sus sonrisas.

—Louis, llevo un tiempo buscando un sirviente. —empieza cuando el chico se sienta a su lado, sin siquiera dejarlo saludar. —Ya sabes, un interno que trabaje las veinticuatro horas para mí, con tiempo libre de sobras, claro. Alguien que limpie un poco, cocine, haga algunas tareas y me acompañe en mi vida cotidiana. Alguien que haga de mi casa un hogar. ¿No te gustaría trabajar para mí?

Louis no tiene respuesta para eso, pero balbucea una ininteligible. La pregunta ha impactado duro en su cabeza y realmente se siente extraño. Eso suena como un sueño, pero está nervioso y no sabe qué hacer.

—Serían cuatro mil al mes.

—¿Qué? No puede ser tanto solo por…

—Louis, esta es mi oferta. La tomas o la dejas. —de golpe se siente arder en nervios, no tiene una respuesta segura.

Decir que sí implica pasar todo el día pegado a él y aunque es algo que desea no sabe si su corazón está preparado para ello, además ¿Qué hará si la convivencia o el trabajo van mal y debe renunciar? Entonces se quedaría en la calle, sin trabajo ni dinero; también cree que trabajar por ese sueldo es un robo de su parte.

—N-No lo sé, esto es muy precipitado. —se queja, respira demasiado fuerte y su corazón comienza a latir rápido.

—Dime algo esta noche ¿Si? —Louis asiente, tranquilizándose al ver que tiene tiempo suficiente para pensar. Realmente Harry no es cruel, aunque a veces lo presiona haciéndole sentir apabullado. —Me complacería mucho que aceptases.

Louis no puede quitarse esa frase de la cabeza en todo el día y le distrae hasta el punto de que derrama un café sobre uno de los clientes que tiene. Su jefe dice que descontará de su sueldo el café y el precio de la camisa del pobre hombre. Louis cree que es justo, pero de todos modos eso no le conviene en absoluto e impetra a su jefe que no lo haga.

Cuando es de noche llega a casa, el estómago le ruge y tiene la nevera vacía. Quiere decirle a Harry algo, pero recuerda que no tiene su número

¿Cómo se supone entonces que iba a decirle algo a la noche?

Su teléfono vibra, la pantalla muestra un número desconocido y, hesitante, toma la llamada.

—¿Sí?

—Louis, mi respuesta. —la voz suena robótica y deformada a través del aparato, pero puede distinguir perfectamente el tono dominante tan característico que la entona.

—Acepto. —Harry cuelga la llama al instante y Louis se queda con la palabra en la boca.

El chico se levanta de la cama, reemplazando su cansancio por preocupación. Se pregunta si debería llamar a ese número o si es mejor esperar al lunes. No entiende que ha podido hacer para que Harry se moleste tan rápido.

El timbre suena y se dirige curiosamente a la puerta, vistiendo el pijama. Se sorprende al ver a un hombre trajeado que aparentemente ha venido en un hermoso deportivo negro.

—¿Si? —pregunta, escondiendo el cuerpo detrás de la puerta y asomándose por una pequeña apertura.

—Venga, le llevaré a casa del señor Harry. Deme las llaves de casa y haré que alguien venga a por sus pertenencias personales. Ahora mismo su jefe está siendo contactado para que sepa que renuncia al trabajo. Por favor, suba al coche y no sé preocupe por su vestimenta.

—¿Pero qué… —Maldita sea Harry, estás loco y creo que yo también.

5

El chófer abre amablemente la puerta de Louis, quien sale agradeciéndole por el gesto, después mira al frente y su boca de abre en una perfecta O.

El patio delantero de la cada de Harry es más grande que la casa de sus padres sumada al lugar donde se hospedaba hace cuarenta minutos. Cuando sus ojos logran recuperarse de la enorme extensión verde llena de vegetación y moteada por flores hermosas, su corazón se lleva un segundo impacto. La maldita casa es enorme, el estilo luce vetusto, pero totalmente limpio y sólido, para nada descuidado.

No es una mansión, claro, solo una casa grande con dos plantas y un enorme jardín que parece arrancado del Edén, no es de lo más lujoso que Louis puede encontrar por esa zona precisamente, pero eso no quita que

el contraste entre el nivel de vida de Harry y el suyo lo haga palidecer y quedarse en la entrada como una especie de estatua decorativa por más de cinco minutos.

—El señor Harry está esperándole dentro. Le ruego que no se demore demasiado.

—C-Claro, gracias por traerme. —dice el chico despidiéndose del tipo trajeado cuando lo ve volver al coche.

Anda lentamente sobre un camino de piedras bruñidas y agradece que sea de noche para que no haya nadie en la calle, viéndole merodear una casa tan costosa en pijama y patucos. Cuando llega a la puerta principal puede sentir el corazón pulsándole con tanta fuerza que duda de si es necesario que llame al timbre para advertir de su presencia; obviamente, lo hace. Dentro de la casa escucha una quietud pasmosa y después pasos sólidos acercándose. No puede ver a Harry andar adentro de la casa, pero puede reconocer sus pasos elegantes y moderados por el sonido; pisa imponentemente, pero sin ser demasiado ruidoso: no busca llamar la atención, aunque lo hace.

La puerta se abre y él esboza una divertida sonrisa al ver el fino e infantil pijama de patitos que Louis viste. Este, por su parte, se siente tremendamente ridículo cuando contempla el brilloso pijama de satín oscuro de Harry; es de un color más apagado que los ojos de Louis, pero los atrae con facilidad, es holgado, pero cae sobre las zonas musculosas de su cuerpo dejando que uno adivine con facilidad que ese es un cuerpo espléndido.

—Hola… —murmura Louis, tragando saliva e intentando despegar sus ojos de Harry. No quiere ser despedido por acoso, al menos no el primer día.

—Llegas justo a tiempo para hacer la cena. —anuncia Harry risueño. Peina sus rizos hacia atrás con la mano y estos rebotan, volviendo cerca de su rostro.

Louis muerde su labio asintiendo y entrando con timidez. Harry cierra la puerta y sigue apoyado en el umbral.

—Después que cenemos juntos te enseñaré la casa y las tareas que quiero que hagas, así como los lugares donde tienes permitido entrar. —Louis asiente, distraído por el ambiente.

Es un lugar oscuro, con decoración escasa, pero claramente barroca y lujosa. El lugar está tan limpio que no sabe qué clase de trabajo podrá hacer, todo es suficientemente luminoso como para que uno no deba forzar la vista, pero ciertas zonas adolecen de una penumbra misteriosa. El silencio hace que los crujidos de sus pies sobre el suelo lo sobresalten

y, en conjunto, todo es una especie de síntesis entre la casa de los sueños de cualquiera y una pesadilla extraña.

—Sígueme, la cocina está por aquí. —Louis asiente, jugando con sus dedos, y lo sigue bien de cerca, asustado de quedarse a solas en una de esas grandiosas habitaciones.

Como siempre, anda un poco detrás del hombre, con la cabeza respetuosamente bajada y sin adelantarlo; le gusta seguirle más que ir a su lado, de algún modo se siente protegido así.

—Oh, es impresionante… —murmura Louis entrando en la cocina, es más grande que su maldita casa y no puede creerlo.

Hay en la pared utensilios de cocina colgados que él solo podía soñar con comprarse.

—Prepararé algo delicioso, lo prometo. —dice dando pequeños saltos de alegría mientras corre hacia los distintos aparatos y utensilios.

Los toca con delicadeza, aprendiendo como se usan y maravillándose por ello. Harry piensa que es como un niño en navidad y se enternece al verlo así.

—Eso espero. —susurra Harry pasando por su lado. Louis se tensa unos segundos al sentir el aliento cálido del hombre en su cuello y ladea la cabeza sin darse cuenta. —Yo estaré en el comedor, trabajando en algunas cosas sobre mis locales. Vendré al terminar, no me llevará mucho tiempo. Estoy seguro de que harás una cena genial, tú siempre haces las cosas bien; estoy tan complacido contigo.

Louis se queda sin palabras cuando él se aleja. Lágrimas llenan sus ojos. Tú siempre haces las cosas bien. Su corazón pulsa en su pecho, apretando las costillas, su estómago se llena de mariposas y las piernas le flaquean. Es la primera vez que alguien le dice algo así. Louis se enjuaga las lágrimas que amenazan con salir usando el dorso de la mano y se pone a trabajar, quiere que Harry llore de alegría al probar su comida.

No sabe qué hacer, así que lo primero es revisar la despensa, nevera y congelador de Harry para ver que puede cocinar para la cena, ya que debe ser ligero y delicioso al mismo tiempo. Si fuese anatómicamente posible, la mandíbula de Louis habría caído hasta hacer un boquete en el suelo, como era de esperarse Harry tenía más comida en un cuarto de su nevera de la que Louis había consumido en las últimas dos semanas. Se sintió tan agradecido al ver eso.

Louis finalmente decide hacer una cena de picoteo con calamares a la romana y gambas al ajillo, también decide que pondrá pan con tomate

para acompañar y hará una bebida que ayude a la digestión y sea dulce, seguramente una mezcla entre leche vegetal de almendras y té verde con hielo y una pizca de miel.

Primero prepara las bebidas y las deja en la nevera, esperando que se enfríen lo suficiente como para ser más apetecibles y una vez termina las gambas solo le resta el pulpo. Están tan nervioso por la idea de trabajar para Harry que le tiemblan las manos; está emocionado por la oportunidad, pero también siente la zozobra instalarse en su pecho cuando piensa en la posibilidad de hacer algo mal. Cavilando sobre dichos asuntos y con los nervios a flor de piel, Louis calcula mal la trayectoria del cuchillo.

—¡Auch! —deja el cuchillo a un lado y aparta el pulpo con la mano buena para que no se contamine.

Su sangre gotea sobre el mármol y corre hacia el fregadero para mojar su herida con agua fría y desinfectarla con jabón. Siente una mano acceder por detrás a él, subiendo por su brazo suavemente. Louis da un bote asustado, pero se tranquiliza al voltearse y ver a Harry sosteniéndole el brazo y revisando la herida.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta, lleva una tirita en la mano y junto a un pequeño botellín de alcohol etílico.

Louis tiembla, la fuerte mano del hombre sosteniendo la suya con una ternura inexplicable, sus pieles en contacto. Avergonzado, mira a un lado antes de responder.

—Es solo un cortecito en el dedo, lo siento, estaba nervioso.

Harry destapa el bote de alcohol asintiendo. Cuando echa un chorro sobre la herida escucha a Louis quejarse y alza la vista, grabando a fuego la forma en que se muerde el labio y sus ojos están al borde de las lágrimas. Después le pone una tirita y cuando se ha asegurado de que la herida está bien protegida, habla.

—¿Por qué ibas a estar nervioso?

—Porque quiero hacer las cosas bien para ti… —murmura Louis, su rostro ardiendo y su cabeza hacha un lío. Siempre ha amado complacer a la gente, pero no entiende por qué con Harry la necesidad es tan grande.

Piensa que quizá es por la voz poderosa con que a veces le habla, haciéndole obediente de golpe, o por lo bien que se siente cuando le dice que es un buen chico.

Harry ríe por su respuesta y sube su mano hasta la mejilla de Louis, la acuna en su palma y acaricia levemente con el pulgar.

—Eso es muy adorable. —le responde, sonriéndole. —Pero no quiero que estés siendo descuidado solo por eso; no me gusta que te hagas daño, Louis. Sé bueno y ten más cuidado mientras terminas, ¿Sí? —Louis asiente, lo único que sabe en este momento es que quiere ser bueno para Harry y hacer todo lo que le dice. —Muy bien, yo vendré en seguida.

Se marcha, aparando su mano de la mejilla del menor con una muy leve caricia que se queda plasmada en su piel. Ama la sensación de esos dedos sobre su dermis, la forma en que arrastra las yemas paulatinamente. Louis vuelve a ponerse manos a la obra y esta vez se asegura de ser cuidadoso, no quiere preocupar a su ¿jefe? ¿amigo? Harry en verdad es ambas cosas, pero Louis no lo siente como ninguna de ellas, algo parecido puede, pero no exactamente eso.

Cuando termina de cocinar todo, sus manos tiemblan de nuevo al colocar con una presentación impecable, los alimentos sobre una vajilla que sabe que tiene más valor que su vida misma. Se aleja un poco para contemplar su obra y se siente muy orgulloso de ella. Se acera de nuevo al mármol para llevar los platos hacia la mesa del salón y anda despacio con cuidado de que nada se caiga.

Puede ver, desde la mesa recién puesta, a Harry sentado sobre el sofá del comedor, tecleando furiosamente en su portátil. No quiere molestarle, pero si no acude ya la cena se enfriará. Se acerca muy cautelosamente a él y no parece percatarse, extiende la mano hacia su hombro para reclamar su atención y antes de que pueda tocarlo los ojos de Harry se levantan hacia los suyos. Una dura mirada le advierte de que, aunque el mayor pueda deslizarse sobre su piel, él no tiene ese privilegio. Aleja la mano lentamente, la mirada de Harry se suaviza.

—La cena ya está. —le indica, con un hilo de voz; escasos segundos antes las pupilas de Harry habían atravesado su garganta dolorosamente.

Harry coloca una mano en la espalda baja del chico para hacerlo andar hacia la mesa y cuando ambos están delante de los platos Louis se queda frente a suya, esperando a que Harry tome asiento antes de hacerlo él. El tipo, sin embargo, se acerca a Louis por detrás y pone las manos en su cadera; apoya su barbilla en el hombro del tembloroso muchacho y observa los platos desde ahí.

—Huele delicioso. —murmura Harry en su oído, sus dedos clavándose en la cadera de Louis y su pecho fuerte contra la espalda diminuta del chico.

Sonríe de forma ladina y siente como Louis se estremece entre sus manos y se deja hacer. Cualquier otro se habría apartado por el inesperado

contacto y sabe que Louis está suficientemente nervioso como para desear hacerlo.

—Gracias, me he esforzado mucho. —admite, Harry sigue sosteniéndolo mientras lo mira a él con más hambre que a la comida.

No sabe que es lo que desea de él, pero cuando lo ve de esa forma, le da igual: él hará todo lo que le complazca.

—Bien hecho. —murmura contra su oreja, suelta su cadera y muerde su lóbulo antes de ir hacia su silla.

Louis debe sostenerse contra el respaldo del asiento que tiene enfrente mientras trata de recuperar la compostura. Se sienta al lado de Harry y observa como este empieza a comer. Harry aprecia que Louis esperé a que él tome el primer bocado, aunque amaría tanto que el chico no estuviese usando una silla, de todos modos, eso es algo que tiene solución.

Harry le dice a Louis que es lo mejor que ha cenado nunca y el corazón del chico se llena de alegría. La cena transcurre rápido, con algunos comentarios de ambos y una tensión más que evidente. Harry se divierte por ello, Louis está visiblemente nervioso.

Cuando ambos terminan Louis se ofrece a llevar los platos, cubiertos y vasos a la cocina y Harry agradece, con esa voz suya que lo derrite.

Apenas quedan un par de metros para llegar al fregadero y poder depositar ahí todas las cosas sucias. Deja los vasos y los cubiertos y, cuando está cogiendo uno de los platos para dejarlo también ahí, el otro se le resbala.

Cierra los ojos y cuando escucha el sonido de la cerámica partiéndose aprieta los dientes todo lo fuerte que puede. Se queda observando el suelo lleno de pedazos y cuando Harry entra por la puerta, se derrumba.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —grita, agachándose y tomando los trozos que puede, con las manos. —Yo… mierda, eso debía ser realmente caro, lo siento, descuéntamelo del suelo, de veras que lo siento mucho… —lloriquea. Sus ojos están rojos y se siente demasiado humillado.

Sus padres tenían razón, no hace nada bien.

—Louis, en mi casa los errores no se pagan con dinero. —el chico lo mira confuso desde el suelo, entonces Harry le hace un gesto para que se levante y el hombrecito lo hace, dejando amontonado en una esquina los

trozos de plato que ha logrado reunir. — Se pagan con castigos.

La piel de Louis se eriza y esas palabras parecen corretear bajo ella haciéndola hormiguear. Las piernas le tiemblan y da un paso atrás, asustado por la idea; Harry lo impide, tomándolo de la cintura autoritariamente. Lo acerca a él de golpe y sus pechos chocan, Louis queda a la altura del cuello de Harry y debe mirar hacia arriba si quiere verle.

—Mírame a los ojos. —ordena con voz ronca. Louis está demasiado aterrado y conmocionado como para saber qué debería hacer realmente, pero cuando Harry le demanda algo, él lo cumple sin pensar.

Pone sus ojos sobre los de Harry, su verde boscoso resplandece con lujuria y alza una mano acaricia la cabeza de su empleado.

—¿C-Castigos? —pregunta él asustado. Quizá solo está hablando de limpiar los baños o de dormir en una habitación desastrosa, pero no puede evitar que su mente piense otras cosas.

—Sígueme, Louis, voy a enseñarte de qué va esto.

Louis lo hace, ansioso al ver los pequeños y lentos pasos que toma su jefe frente a él. Anda despacio, recreándose en la anticipación de Louis, en sus respiraciones ansiosas, en la forma que mordisquea su labio barajando las diferentes posibilidades.

Suben las escaleras y cruzan un pasillo lateral, en el fondo de este hay una puerta grande y bonita.

—Este es mi dormitorio. Me gustaría que entrases.

Empuja un poco al pequeño, instándolo a tomar la iniciativa y revelar que se esconde tras esa madera oscura. Toma el pomo con inseguridad, viendo bajo él una cerradura en la que una llave está encajada. Si Harry ha tenido que poner bajo llave su cuarto, debe tener un motivo más grande que la intimidad; Louis traga saliva.

—Adelante. —insiste Harry, su voz dura chocando en un aliento tórrido contra su nuca; el vello del lugar levantándose y su mano apretando el pomo sin atreverse a hacer ningún otro movimiento.

Toma aire lo retiene, gira el pomo. Empuja y la puerta se abre. Todo el aire escapa de sus pulmones en una enorme exhalación cuando mira adentro.

6

Una cama enorme es lo primero que se ve cuando uno abre la puerta, cuando prestas más atención ves ataduras saliendo de debajo del colchón, reposando en los cuatro vértices de la cama. Rodeándola hay un espacio enorme, mayor que la casa entera de Louis. Está ocupado por cosas que Louis no reconoce, pero parecen aparatos de tortura. Las paredes laterales están forradas por una infinidad de bastones, látigos, esposas, vendas, mordazas y objetos que Louis no quiere descubrir para que son. En la pared homóloga a la de la entrada hay un gran armario que, medio abierto, muestra ropajes excéntricos, muchos de ellos de cuero, y un buró enorme cuyos cajones no quiere abrir.

Da un paso atrás y se topa con el fuerte pecho de Harry, quien cierra la puerta tras de sí. Louis solo traga saliva y busca en los enormes ojos de su jefe una respuesta.

—¿Creías que había ganado tanto dinero abriendo locales normales y corrientes? —pregunta con una pequeña risa en sus labios; harmoniosa, pero efímera, es rematada con una sonrisa ladeada y cruel. —Siempre te has comportado de ese modo tan servicial y obediente cerca de mí… era como si estuvieses pidiéndome esto. No quiero que seas mi empleado doméstico, Louis, quiero que seas mi esclavo, pero esa es tu decisión; puedes trabajar aquí con normalidad si deseas solo eso, no bajaré tu sueldo, pero la forma en que te comportas conmigo me dice que quieres más que eso ¿No es así?

—Yo… no lo sé. No sé nada sobre esto. —exclama desesperadamente, Harry se acerca a él desabotonándose el pijama de satén lentamente y su corazón no puede soportar todo eso.

Harry desnudándose, los látigos sobre las paredes y él acaba de caer sobre la cama torpemente. Tiene las ataduras para sus tobillos a menos de un palmo de distancia y si se tumba lo mismo sucederá con la de las muñecas. Está tan asustado, pero no quiere irse de la habitación. Solo necesita comprender mejor.

—¿Nunca has tenido ninguna experiencia BDSM? —Louis simplemente niega. Nunca ha tenido ninguna experiencia en nada y esto es demasiado para él. Quizá esta es la oportunidad de su vida y no lo sabe, pero sea lo que sea ese es el problema: no sabe nada.

—No estoy seguro de que esto… de que me vaya a gustar…

—¿No te estremeces cada vez que te doy una orden y sonríes cuando la cumples y te digo que eres un buen chico? —Louis asiente, mordiéndose

el labio.

Le gusta Harry siendo dominante, le gusta Harry decidiendo sobre él y le gusta complacerle, como si fuera su esclavo, pero todos esos instrumentos que cuelgan en torno suyo le hacen sentir mareado.

—Sí, pero los castigos…

—No los tendrás si eres bueno y tú lo eres.

—Pero he roto un plato… —Harry ríe cuando el chico lo dice. Podría haberse quedado callado, esperando que Harry lo olvide, pero es tan buen sumiso que está elucidando su error.

Con una mano enorme alcanza su cuello y lo rodea, no le corta la respiración ni aprieta demasiado, pero sus dedos tamborilean sobre la garganta y cuando traga saliva disfruta de la sensación.

—Y serás castigado por eso; pero no voy a hacerte más daño del que puedas soportar. —a Louis le tiembla el labio y está rojo e hinchado de tanto morderlo, por lo que Harry cree que perderá la cordura si Louis no se entrega a él en este maldito momento.

—Yo… no sé. Estoy asustado…

—¿Qué tal si hacemos una prueba? Siete días, una semana siendo mi sumido. Después de eso puedes elegir si quieres dejar este mundo mío o si quieres ser mi esclavo; realmente creo que has sido hecho para mí, pero no voy a presionarte si tienes dudas.

Louis respira más regularme después de oír eso, sus ojos pierden el toque lloroso y se atreve a mirar a Harry a los ojos.

—Siete días… —repite como un mantra. Se siente más seguro al decirlo en alto, una semana no es nada. —De acuerdo.

Harry aprieta el agarre en el cuello de Louis y lo obliga a inclinarse hacia delante. El chico se tensa por ello, pero no tiene tiempo a preocuparse.

Grandes labios abrazan los suyos mientras trata de procesar todo lo que está sucediendo. Harry no espera a que Louis comprenda, solo besa sus lindos y pequeños belfos moviéndose lentamente contra su boca; finalmente el chico corresponde, cerrando los ojos. Siente la torpeza en sus movimientos y se apena por ello, pero a Harry no parece importarle cuando su lengua lame los labios Louis y se adentra en su boca para explorarla. Louis se siente seguro, Harry tiene el control del beso y eso le indica que él hará lo que quiera y que, por tanto, le gustará, aunque él

sea un besador novato.

Se despegan tomando una bocanada de aire y Louis aparece frente a Harry con los labios húmedos, rojos de sus mordiscos y sonrojado a más no poder.

—Me gustaría mucho tomar tus labios de nuevo y hacer que todo esto escale realmente rápido, pero sería irresponsable de mi parte. Antes de que mañana comience todo quiero que sepas unas cuantas cosas. Tus obligaciones, tus derechos; cosas similares ¿De acuerdo?

Louis asiente y una oleada de calma lo sobreviene al escuchar eso. Harry está sobreponiendo la seguridad de su sumiso a su propia calentura y sabe que eso es algo que no muchos harían y menos con un chico inexperto en todos los ámbitos.

Después de hablar Louis se siente más tranquilo. Harry le ha explicado que debe cumplir sus órdenes siempre que no haya un motivo mayor para hacerlo, que debe ser como su sombra, pedir permiso para algunas cosas, aceptar castigos y agradecerlos y que, ante todo, tiene que saber que si algo le incomoda demasiado solo tiene que gritar su palabra de seguridad. Cajón. Harry ha dejado que Louis la escoja y él lo ha hecho pensando el cajón del buró de la habitación y la impresión de angustia que le ha causado inicialmente; al igual que no quiere abrirlo, tampoco querrá hacer algunas cosas y tiene la opción de decidir no hacerlas.

7

Louis se despierta pronto, a las nueve de la mañana ya que no hay universidad y puede permitirse dormir más; ha pasado la noche en la cama de la habitación de invitados por orden de Harry y gracias al mullido colchón ha tenido sus ansiadas horas de descanso.

Louis se levanta de la cama enérgicamente, emocionado por la idea de prepararle el desayuno a su amo, que es como debe llamarle de ahora en adelante, y de usar las ropas que ha dejado para él en el armario; no sabe cómo son, pero está deseando descubrirlo. Al abrir las puertecitas de madera se sonroja viendo una bata de satén blanco junto a unas braguitas de encaje negro perfectamente dobladas en la parte inferior del armario.

Pudoroso, se quita su pijama infantil y su bóxer y toma con delicadeza las braguitas. Son muy pequeñas, pero presupone que la idea es que le queden ajustadas. Cuando las coloca en sus partes nota como tapan perfectamente por delante, pero dejan las nalgas al descubierto, coronando la tela del lugar con un elegante lacito. Las bragas hacen que sus piernas parezcan más largas y su trasero más redondo, así como acentúan sus caderas al abrazarse a ellas. Cuando se coloca la bata de

satín y la anuda a su cintura, los colores suben a su rostro de nuevo una vez se ve reflejado en el espejo. Sus pezones se transparentan a través de la delgada tela, así como su ropa interior oscura; la forma de la prenda hace ver su cintura diminuta y su figura esbelta, así que se siente bien con su cuerpo y eso lo anima a salir y prepararle un delicioso desayuno a Harry.

Puesto que Harry se ejercita y necesita muchas proteínas, Louis cocina tostadas con crema de cacahuete y un huevo frito; también hace un café porque los besos de Harry la noche anterior sabían a café y lo mantuvieron despierto gran parte de la noche.

Escucha el crujido de los últimos escalones y corre para tener la mesa servida para cuando Harry haya llegado. Cuando Harry entra por la puerta principal ve su desayuno humeante recién colocado y Louis sosteniendo el sándwich vegetal que ha hecho para él y sonríe. Louis ha estado esperándole y ha preparado todo a tiempo.

Él ama la puntualidad en los sumisos, los hace tan complacientes. Se acerca a él y lo toma de la nuca para atraerlo y darle un corto beso en los labios. Louis quiere desayunar siempre eso.

Harry se sienta en la silla y cuando Louis va a imitarle es detenido por la voz del dominante.

—De rodillas. Podrás usar sillas a veces, pero no ahora. Recuerda que ayer rompiste un plato, así que esto es parte del castigo.

—Sí, amo. —musita él postrándose a su lado. Espera a que Harry dé el primer bocado y haga un ruido de aprobación para que él pueda comer. —Amo… —lo llama, Harry se voltea masticando el pan con una completa mueca de gusto. —¿Cuál será mi castigo?

—Lo sabrás tan pronto como termines tu desayuno. Eres nuevo, pero eso no significa que vaya a ser suave contigo, espero que lo sepas. —Louis asiente, tomando otro bocado. No tiene mucho apetito tras oír eso, pero sabe que debe comer bien para hacer a Harry feliz.

En el momento en que los cubiertos tintinean contra el plato, Louis traga saliva. Harry ha acabado de comer.

—Retira los platos y ven a mi dormitorio, obtendrás tu primer castigo. Te aconsejo que no tardes demasiado.

Y no lo hace. Louis va tan rápido como puede dejando la mesa limpia y subiendo a toda prisa por las escaleras.

Cuando abre la puerta de la habitación se encuentra a Harry sentado en la cama, con las piernas cruzadas, una sonrisa cruel y un objeto extraño en las manos. Es metálico, tiene una base plana y circular, después un pequeño tronco delgado y termina por una especie de zona gruesa que termina en una punta redondeada.

—Cierra la puerta y ponte de rodillas delante de mí.

Su voz poderosa lo atraviesa como un rayo y no se demora ni un segundo en obedecer. Cuando hincado en el suelo siente que sus rodillas duelen, pero lo ama cuando piensa que por Harry. El hombre apoya sus codos en las rodillas para inclinarse y ver a Louis a la cara.

Rizos de chocolate caen frente a su rostro de forma graciosa y realmente desea acariciar el cabello de Harry, pero él le dijo que no tenía permiso para tocarle a menos que quisiera empezar una escena. Louis sabe que aún no está preparado para provocar a Harry y asumir las consecuencias.

—¿Sabes lo que es? —pregunta mostrándole el objeto. Lo coge por la base con la punta de los dedos, haciendo que la estructura con forma de gota mira hacia arriba. Louis lo examina, viéndose reflejado en él, y niega. —Es un butt-plug. —explica Harry, el nombre es suficientemente explícito y Louis capta la idea de inmediato. Abre sus ojos, horrorizado. —No me mires así, he tomado el más pequeño porque sé que eres virgen.

Louis enrojece, él nunca le ha dado la información, así que presupone que él es demasiado obvio y eso es bochornoso; no quiere parecer un novato, pero lo es.

—Amo, no creo que pueda…

—A la cama, ahora. —sus palabras se cortan de golpe. Louis siempre ama el tono autoritario de Harry, pero ahora le asusta un poco; piensa que su primer castigo es demasiado. De todos modos, sube a la cama y queda sentado en el centro de esta. —Estás siendo un buen chico, Louis. Ahora quiero te pongas a cuatro patas, prometo no ser más rudo de lo que puedas soportar.

—Confío en ti. —murmura Louis tímidamente y eso hace sonreír a Harry; él sabe que obedecer es sencillo, que el miedo, el interés y mil motivos horribles más puedes conseguir eso, pero la confianza genuina es algo que se gana y no puede ser reemplazada p

10

El jueves nadie más se atreve a mirarlos por demasiado rato o a murmurar nada cuando Harry y Louis entran en el aula, visiblemente pegados y con el chupón en el cuello del sumiso todavía colorido y

notorio.

Harry intenta ser disimulado cuando lanza miradas de odio a los fisgones y Louis realmente ama lo guapo que se ve enfadado e intentando protegerlo; desde el miércoles, cuando lo mira, ve al hombre cuidadoso y bueno que lo salvaguarda de cualquier cosa y ve su estupidez al olvidar que Harry era ese hombre solo por un castigo.

Cuando lo mira ve a un dios, uno que quizá no tiene el poder de crear vida o dar muerte, pero sí de hacerle sonreír y a Louis le basta con eso.

Sin embargo, cuando Harry mira a Louis ve el azul escapando de sus ojos en esa noche fatídica, la sangre en sus manos, el agente de policía mirándolo como si fuese culpable y a él sintiéndose como tal.

—¿Puedo tocarte? —pregunta Louis cuando ve los ojos de Harry perdidos en los suyos, llenándose de lágrimas, recordando una mirada que nunca se irá de su cabeza.

Harry asiente, extrañado, y cuando Louis lo toma de la mano para entrelazar sus dedos las ganas de llorar se curan al instante. No puede sentirse triste si esa piel está junto a la suya, amándola. Le gustaría sostener su mano por siempre.

—Señor —le llama la atención Louis, haciendo que el hombre suba la vista para volverlo a ver a los ojos; cuando el verde se ilumina como un campo lamido por el sol, Louis sabe que ahora sí le está viendo a él. —, gracias por ser tú.

Harry queda pasmado por las palabras, pero no puede decir nada, el profesor entra al aula con prisas y el brazo sosteniendo lo que parecen ser unos inoportunos exámenes sorpresa. Louis y Harry deben soltarse de la mano, pero tan pronto como terminen saben que volverán a unir los dedos y, si salen al pasillo, las bocas. Harry realmente quiere besarle, arrancarle con la lengua la explicación a lo que ha dicho antes.

Cuando el Louis termina el examen, sale del aula casi tropezándose con sus pies; quedan diez minutos para la siguiente clase y Harry lleva ya cinco fuera, esperándolo posiblemente. El chico cruza la puerta y vuelve la cabeza hacia un lado para buscar a Harry. Nada. No llega a volverla hacia el otro: el dominante lo toma por la cintura y lo presiona contra la pared del pasillo antes de hundirse en su boca. Los labios chocando con sonidos chiclosos, separándose, humedeciéndose, mordiéndose.

Harry quiere despojar a Louis de su rompa y bajar con sus besos a una zona que ya presiona contra su pierna y Louis desea que el otro le rasgue las vestiduras y deje más marcas en su cuerpo; pero ambos saben que no

pueden y, además, Harry primero quiere comprenderle.

Separa a Louis de sí con cuidado, escucha la respiración del chico rogar por aire, pero sus labios buscan más besos; de todos modos, Harry sigue apartándolo y simplemente lo mira a los ojos, buscando en ellos respuestas.

—¿Por qué me has agradecido? —pregunta sin aliento, Harry es invadido por una oleada de calor cuando Louis solo suelta una pequeña risita.

—Porque no me había dado cuenta hasta ahora, pero no quieres que sea tuyo para poder hacerme daño, sino para que nadie pueda hacerlo.

Louis se alza sobre las puntas de sus pies e ignora que posiblemente vaya a recibir un castigo, porque sabe que Harry comprende su necesidad de besarlo y la siente del mismo modo. Un casto beso es dejado en sus belfos y después el chico entra de nuevo en clase, antes de que se le haga tarde.

Harry acaricia sus labios con la punta de los dedos y cierra los ojos; solo puede ver los de Louis brillando en la oscuridad y sabe, en lo profundo de su corazón, que es él quien le pertenece a Louis.

Cuando ambos llegan a casa y Louis prepara la comida, Harry termina quedándose solo porque el más pequeño debe ir a la universidad para hablar sobre su falta de asistencia el día anterior. Harry también debería ir si quiere acceder al cinco por ciento de nota por asistencia perfecta, pero no es algo que le interese; él estudia por diversión, no es ambicioso con la nota a diferencia de Louis.

Harry se siente solitario sin el pequeño sumiso rondando cerca de él con sus ojos zafiro, su risa pueril y sus pequeñas y torpes pisadas. No le gusta admitirlo, pero se siente solo y no es la primera vez que sucede. Lleva sintiéndose así desde antes de aprender siquiera esa palabra, quizá desde que lo crío la televisión o desde el momento en que reconocía más la cara de la mujer de la limpieza que la de su madre. No es algo a lo que Harry desee darle muchas vueltas, pero sabe que Louis ha sido un cambio grande del que no se arrepiente; odia no tenerlo cerca con su parloteo incesante para llenarle la cabeza de su voz e impedir que piense en una vida sin él.

Harry suspira pesadamente y decide hacerse un café para despejarse antes de contactar a sus trabajadores y dar un par (o más) de indicaciones a seguir sobre el local nuevo; ya ha dado unas cuantas, pero ese sitio tiene mucho que arreglar. Sube las esclareas con la taza humeante entre las manos y aunque le ha hecho más azúcar que de

costumbre, su café sigue sin ser tan dulce como los de los últimos días.

Da un pequeño sorbo, frunciendo los labios con disgusto y avanza por el silencioso pasillo. Una puerta entreabierta llama su atención, es la habitación que debió haber sido de Louis hasta que él mismo decidió que sería la suya personal; por la pequeña apertura de la puerta puede distinguir una mochila sosa tirada en el suelo y muchas libretas derramándose; sabe que no son de apuntes porque nunca se las ha visto llevar a clase, pero las hojas están arrugadas por los bordes y la portada está manchada por mil movimientos desafortunados de bolígrafo; Harry quiere saber qué es lo que merece tanto las manos de Louis hasta el punto de dejar sus huellas en ello.

Entra, sintiéndose un ladrón en su propia casa y levanta un montón de libretas en sus manos, todas las que caben en ellas. Las mueve con cuidado, como si fueran una reliquia, y se sienta en la cama para ojearlas.

Todas tienen un título en la primera página y mala caligrafía en las siguientes, a veces la tinta está corrida y otras es tan intensa que puede leerse a través de los tachones.

Harry empieza a leer, con las manos temblorosas y el corazón en un puño. Se decide por un apartado titulado ‘’Yo’’.

Cuando la gente me pregunta dónde vivo, ellos no quieren saber nunca donde vivo realmente. Quieren mi dirección, la dirección de una casa que mis padres han pagado y en la que yo pago por haber nacido; quieren saber dónde están las cuatro paredes entre las cuales no duermo cada noche; quieren saber dónde aprendí a dar mis primeros pasos y a callar mis primeras opiniones, dónde aprendí que bien no era una forma en que podía hacer las cosas. Cuando la gente pregunta donde vivo, deberían preguntar primer si ha vivido alguna vez, si mi corazón ha latido por algo más que la sangre y el aire, si cada paso que doy lo hago para avanzar o porque me han enseñado que debo caminar en la dirección que se me dice.

Cuando la gente me pregunta donde vivo, piensa también en el lugar donde mis padres viven, como si no fuera algo incompatible. Piensan en nosotros comiendo juntos, reunidos como una buena familia en la mesa, pero no advierten los silencios afilados y las palabras concretas. Piensan en charlas familiares, pero no en prohibiciones. Piensan en que mis papás se preocupan por mí, no en que lo hacen sin conocerme; piensan que quieren darme un buen futuro, pero no piensan para quien será bueno ese futuro. Piensan que es más importante que unos padres aprendan a quitar los pájaros de las cabezas de sus hijos, que no que les enseñen a volar. Piensan que la casa está para encerrar a los niños y el mundo para amenazarlos, piensan que a través de la mirilla todo el más seguro y

olvidan que así los colores son también menos vivos.

Cuando la gente me pregunta dónde vivo y les doy mi dirección, me siento un mentiroso, porque ese es el lugar donde muero.

Harry deja la libreta sobre la cama, sin atreverse a cerrarla y silenciar las palabras gritándole al vacío. Sus ojos llenos de lágrimas, las manos temblando. Louis siempre dice que quiere ser escritor, pero Harry no entiende por qué no se ha dado cuenta aún de que ya lo es.

Louis es tan menudo, pero tiene tantas cosas dentro; tanto dolor, tanto talento para sacarle provecho a lo primero, tanto amor para que él se lo quede y pueda devolvérselo multiplicado por infinito.

Harry coge entonces su teléfono y decide que más tarde seguirá leyendo las libretas de Louis, pero con su permiso, y que se disculpará también por no habérselo pedido de primeras. También decide llamar a Mike, el hombre que le ayuda a gestionar su dinero y, a veces, sus penas.

—¿Si? —pregunta el tipo con voz gruesa al otro lado de la línea. Escucha unas respiraciones aceleradas como respuesta, después un suspiro.

Sabe que Harry está sentimental de nuevo.

—Soy yo, Harry.

—Lo sé, ¿Pasa algo? ¿Necesitas más correcciones en tu último local? ¡Por cierto! —exclama, cambiando su tono preocupado a uno lleno de emoción. —los seguratas ya han revisado los videos de las cámaras de vigilancia del lugar y han identificado a los tipos esos y te digo yo que no volverán a entrar en un local tuyo en lo que les queda de vida, pero la próxima vez llámame antes de partirle la nariz a alguien, no después.

Harry suelta una pequeña risita al escuchar eso, saliendo de su estado anterior; entonces vuelve a relajarse y su voz se agrava un poco.

—Eso son buenas noticias, pero no, no te llamo por ese asunto. Me preguntaba… con mis ingresos actuales, ¿qué debo hacer para financiar la publicación de un libro?

11

Harry ha hecho la comida para Louis hoy, también el desayuno, a pesar de que el sumiso le haya dicho que tras aplicarse la pomada durante los dos días anteriores ya se siente completamente renovado y no tiene problema alguno para realizar sus tareas.

—Amo, por favor, estoy bien ¿Ves? —dice Louis dando una vuelva sobre sí mismo para finalizar con un bailecito ridículo, moviendo todas sus extremidades como si le estuviera dando un calambrazo.

Harry ríe por la ocurrencia del menor, pero niega suavemente y sigue tratando de cocinar algo comestible.

—He dicho que no, pequeño, descansa por lo menor durante una semana. Así me sentiré más tranquilo.

—Si sigues cocinando tú no llegaré vivo ni a mañana. —se queja Louis haciendo un puchero. Harry se voltea con una ceja levantada y los labios fruncidos en una línea tensa, evitando reír.

—Si sigues contradiciéndome no lo que no podrás hacer mañana será sentarte. —le amenaza el hombre, su voz gruesa, opaca, atravesándolo como un puñal.

Se clava en su piel y la recorre, haciéndolo arder.

—¿Eso debería sonar como una amenaza o como una propuesta? Porque si es lo segundo, acepto. —susurra Louis con la voz aguda e insinuante, arrastrándose hasta los oídos de Harry con una lábil tranquilidad propia de todo lo que es dulce como la miel.

Todo su cuerpo se tensa en anticipación por la idea y delante de sus ojos la comida y los utensilios de cocina desaparecen; puede ver la desnudez de Louis empujándose contra su excitación, la piel nívea y tierna chocando contra la dureza de su pelvis, haciendo un obsceno ruido; sacude la cabeza, volviendo a la cocina. No, no puede dejarse llevar.

Louis, por su lado, quiere arrastrar a Harry hasta su cama y pedirle que se preocupe solo de darle placer pues el dolor ha remitido.

—Louis, no juegues conmigo, puedes salir perdiendo. —advierte el hombre.

Su ceño fruncido, sus labios gruesos prensados el uno contra el otro, la seriedad inundando los grandes orbes verdes, la línea de la mandíbula afilada como un cuchillo… Harry no lo sabe, pero su seriedad no insta a Louis a dejar de ser provocativo.

Louis se encoge de hombros y deja ir una pequeña risita antes de adelantarse a Harry, tomar los platos humeantes y llevarlos él mismo a la mesa, justo como el otro hombre le había dicho que no hiciera. Louis no está reposando nada hoy, a pesar de la hipocondría con la que Harry se lo repite una y otra vez, de hecho, cualquiera podría ver que Louis se está esforzando más por molestar a Harry mientras hace sus tareas de lo que

se esforzaría haciéndolas él mismo; pero Louis simplemente quiere dos cosas: llamar su atención, alejándolo de los malos recuerdos que tuvieron juntos, y aprovechar antes del último día para hacer algo que no sabe si después tendrá la oportunidad de siquiera intentar.

Se arrodilla frente a su plato, esperando pacientemente y con una enorme sonrisa a que Harry aparezca ante el suyo y pruebe el primer bocado. Cuando lo hace y su cara se desfigura como si hubiese chupado un limón, Louis deja ir una risilla y come de su plato, sin demasiadas ganas. Harry le asesa una mirada matadora y sigue comiendo, tratando de reprimir visajes asqueados.

—Hay algo que me gustaría decirte. —comenta Harry, rompiendo el silencio. Louis alza su vista con cierto nerviosismo y los ojos atentos al movimiento de los labios de Harry. —Mañana es nuestro último día como dominante y sumiso de pruebas, por así decirlo y es cuando tienes que decidir si quieres o no estar conmigo, así que había pensado en algo. En mis clubs, cuando un amo decide hacer de su sumiso alguien suyo para siempre, le entrega un collar delante de todos los presentes, para que se corra la voz. El sumiso se lo pone si desea al dominante y niega si no desea eso; nadie juzga a los sumisos por sus respuestas, Louis, así que, ya que soy alguien conocido en este mundillo, me gustaría extender la noticia de que mañana quiero organizar una fiesta para entregarte tu collar y mi corazón para romperlo si es lo que deseas; me gustaría que todo el mundo posible estuviese ahí y viesen que si eres el primer sumiso al que anuncio públicamente como mío, es porque tengo razones. Louis, quiero que el mundo entero te vea, al menos mi mundo, porque eres demasiado hermoso como para estar bajo llave.

Louis siente que su estómago se cierra con tantas palabras, una colmena de avispas furiosas parece haberse instalado ahí porque que siente ahora es mucho más intenso que un revoloteo de alas de mariposa. Sus ojos se humedecen, el collar con el que tanto ha estado soñando últimamente, es real y mañana lo será sobre su piel. Lo necesita, necesita sentir su presencia sobre los hombros para quitarse un peso de encima y poder ser de una vez por todas quien es. Es como si por primera vez en la vida algo saliera bien, y ese algo es Harry.

—A-Amo… yo, no sé qué decir… —murmura, las lágrimas se acumulan en sus ojos y Harry aparta los platos de la mesa para tomar a Louis entre sus brazos y acunarlo en su regazo. —Me hace tan feliz que quieras hacer esto por mí… tan feliz de que creas que puedo ser bueno para ti, de que pienses que soy bueno en algo…

—Louis. —lo llama Harry, su voz profunda y cavernosa, resonando con convicción desde el fondo de su garganta.

Cuando Louis lo mira, sus pupilas enormes han borrado el océano de sus ojos hasta convertirlo en un delgado río que las rodea. Harry se hunde en la negrura de sus ojos, sin temor. Toma la mano de Louis y la pone contra su pecho. Piel con piel, Louis puede sentir el acelerado corazón de Harry golpear su pecho como queriendo salirse del cuerpo y acabar en sus manos.

—¿Ves lo deprisa que late? Eres bueno para causar esto, aunque sea sin palabras; o incluso aunque sea únicamente con ellas.

Louis solo le abraza, su pecho pegado al de Harry con locos latidos acompasados, como si el único lenguaje que necesitase para agradecer fuera el del corazón.

Harry aparta las lágrimas amargas del rostro de Louis con sus manos y le regala una de esas sonrisas deslumbrante que tanto lo hipnotizan; cuando ve los característicos hoyuelos, las ganas de llorar se alejan lentamente. Lo coge con fuerza de la cadera y se levanta, con Louis sorprendiéndose, pero reaccionando rápido; el chico enrosca sus piernas en la cadera de Harry, sus deliciosos muslos prensándose contra los costados definidos de Harry, haciendo notar su suavidad y volumen.

Harry busca la boca de Louis y se adentra en ella con un suave beso; labios húmedos pegándose entre ellos, atrapándose, ignorando la necesidad de oxígeno por el deseo de ósculos; lenguas jóvenes aventurándose en la boca del contrario, acariciándose entre ellas como húmedos amantes en la oscuridad; las manos de Harry bajan al culo de Louis, apretando con fuerza las nalgas mientras lo sostiene, sintiendo contra la suya propia, la erección del chico; ama sentir la carne hundirse bajo sus dedos, las uñas de Louis arrastrarse de su cuello a sus clavículas, los jadeos siendo escupidos en su boca.

Harry empieza a andar hacia las escaleras, cegado por el deseo; cada paso que da su pelvis se mueve hacia el frente de forma leve y Louis tiembla en sus brazos apretando su entrepierna necesitada contra la hombría de él, haciendo que los besos de llenen de suspiros frustrados y furtivas miradas llenas de deseo.

Antes de que pueda darse cuenta, Louis es arrojado a la cama y Harry gatea sobre él, con su boca buscándolo y sus manos siendo atraídas como imanes por sus caderas.

—Amo… amo… —murmura Louis entre gemidos, su labio siendo mordido y su lengua extrañada al estar de vuelta en su propia boca. —Por favor, quiero que me folles.

—Te dije que no jugaras conmigo, maldita sea. —gruñe Harry enterrando sus dedos en las caderas de Louis y besando lo que iba a ser el inicio de

una queja.

Sus labios se mueven ferozmente sobre los del pequeño, dejándolo hinchados por la violencia con la que los asalta; muerde con furia su belfo y escucha un gemido por parte de Louis, lo siguiente que sabe es que no todo Louis es dulce, su sangre tiene un toque salado que le prende y decide que esta, escurriéndose por el labio lastimado del chiquillo y cayendo a gotas por su cuello, hasta su clavícula, se ve realmente tentadora.

Harry mira los ojos cristalinos del menor, una capa de lágrimas cubriendo el océano de sus ojos, y se relame de placer por los pequeños gemidos de este mientras su labio herido pulsa y sangre levemente; sabe que su agresividad no ha bajado el lívido del menor, mientras la gota de sangre perfila la clavícula hundida para después perderse descendiendo por el pecho, la polla de Louis se pone más y más por la cálida caricia de su propia sangre.

Harry baja los pantalones del chico de un tirón violento, encontrándose con unas pequeñas bragas blancas de encaje manchadas de presemen y apretando un bulto que reclama atención; Louis es tan tentador. Da otro tirón para bajar los pantalones de las rodillas a los tobillos y, junto a los calcetines y zapatos, se despoja de ellos. Sube de nuevo, centrándose en esa deliciosa y apretada zona del menos, tan llena de carne que apretar entre sus manos y dientes.

Encierra los copiosos muslos en sus garras y los toma fuerte entre sus dedos, los toca con descaro hasta quejar la marca de su mano en ellos y después sube por ellos, forzando las piernas a separarse y metiendo los pulgares dentro de las bragas, acariciando la ingle. Louis hecha la cabeza hacia atrás con desesperación, tapándose la cara con ambas manos. Desliza el pulgar acariciando lentamente la piel sensible y cuando llega a un punto en el que Louis tiembla, lo levanta y lo saca, haciendo que las braguitas vuelvan a su lugar con un pequeño golpecito.

Louis gime en protesta y entonces Harry vuelve a abalanzarse sobre él como una fiera, besando ahora su cuello en un camino descendente, guiándose por la línea de sangre.

Chupa con vehemencia la expuesta piel del menor y se complace al dejar un camino de hematomas hasta su pecho; cuando llega a la clavícula la muerde hasta que su sumiso grita, agarrándole del pelo y subiendo sus caderas por instinto, desbocado por todo lo que el dolor puede hacer por y para él. Harry se aburre de ver a Louis tan cubierto y vuelve a jalonear violentamente sus prendas hasta que el suéter vuela por el aire lejos de ellos.

Sus ojos se ensanchan por la figura curvilínea y rellena que ve; ama cuanta carne hay para morder y cuantas curvas tiene donde tener un accidente llamado placer; Harry apoya cada una de sus manos a los lados del cuerpo de Louis y curva su espalda, moliendo su pelvis contra la de Louis para hacerlo gemir; el calor nace de la embestida de su amo y se expande por todo su cuerpo como una inundación, se siente tan caliente, tan necesitado.

—Amo, por favor… —suplica, sus manos alzándose para tomar el borde del pantalón de Harry y tirar de él, favoreciendo la ardiente fricción.

Harry ruge de placer, su voz ronca colmada de emociones y deseos, saliendo salvajemente de su boca. Arranca su propia camiseta, dejando a la vista de Louis un cuerpo que jamás olvidará. Brazos grandes y pectorales marcadas, abdomen definido, estrechándose en comparación a los hombros anchos; una pequeña línea de vello desciende desde el ombligo del dominante hasta su cinturón, llamándolo.

Louis alcanza con las manos la hebilla, después estas están sobre su cabeza, apretadas en el puño de Harry y siendo atrapadas con rudeza.

—No, pequeño, vas a tener que esperar por ello. —sisea sensualmente en su oreja, antes de morder su lóbulo transmutando cualquier respuesta en un gemido. —Mantén las manos ahí, sé bueno para tu amo. —ordena con voz dulce, su agarre se deshace con una caricia y pronto sus manos vuelven sobre el abdomen del chico.

Louis siente ganas de chillar cuando la lengua del dominante viaja desde su ombligo a su pecho, como un rayo de electricidad partiéndolo en dos por el placer, quedándose en su piel por siempre; aprieta una de sus tetillas con el índice y el pulgar, la otra con los dientes, y ve en los ojos llorosos de Louis y en la forma en que se araña las muñecas para no moverse resistiendo la tentación, que lo enloquece con sus actos.

Louis aúlla de dolor cuando Harry succiona y con sus dedos retuerce el rosado botón, dejándolo de color carmesí; Louis golpea sus propias manos contra la cama, sin poder expulsar de su cabeza la imagen de él tomando a Harry por el pelo, sus dedos hundiéndose en suaves rizos, sus manos perdidas en la cabellera del hombre mientras le da tanto placer y dolor que los confunde. Harry puede sentir la erección de Louis en su pecho, frotándose como un animal en celo en busca de algo de contacto.

Está tan desesperado que quiere hacerle rogar por él dentro suyo.

Deja sus tetillas sensibles y baja en un camino de besos y mordidas por su abdomen, dando muerdos a esa piel virgen y pálida que deseó desde el momento que el chico le pidió tímida y torpemente dónde estaba el aula; suspira tórridamente cuando llega a las braguitas de Louis, una mancha

de líquido ensuciando el borde de estas y el miembro temblando con anticipación bajo la tela. Muerde cuidadosamente el elástico de la prenda y tira de él hacia abajo, dejando que la polla de Louis rebote libre al fin, quedando frente a sus ojos.

—No te toques. —farfulla cuando Louis desciende una mano por las sábanas con lentitud y la agarrota en busca de su erección. —Sabes que tienes prohibido correrte primero.

Louis asiente con gimoteo, la voz gruesa atravesándolo y recorriendo su polla de arriba abajo como un erótico lametón. Necesita tener un orgasmo; pero sus deseos por complacer a Harry son más poderosos, así que aprieta el puño y agarra las sábanas con fuerza; su sedosa ropa interior es deslizada hasta debajo de sus piernas y poco después es despojado de ella, se lame los labios cuando escucha la hebilla del cinturón de Harry tintinear, indicando que él también tiene intención de desnudarse.

A través de las borrosas lágrimas logra ver como el dominante baja sus pantalones y calzones al mismo tiempo, dejando a la vista su excitante miembro.

La cabeza enrojecida brilla recubierta de presemen, baja con un ancho tronco que apenas puede rodear con su mano, marcado por prominentes venas que nacen de la base, todavía más gruesa, hundiéndose en una mata de cabello rizado de donde los dos pesados testículos cuelgan. Harry desnudo es simplemente espectacular y Louis tiene que cerrar los ojos para no correrse antes de tiempo. Con la oscuridad sobre su vista, siente un mareo y su cuerpo elucida lo que está sucediendo: Harry lo ha volteado en la cama.

Se aferra a la tela y aprieta los dientes cuando siente grandes manos agarrar sus nalgas y separarlas; no ha tenido tiempo para asimilar nada cuando siente una humedad cálida y deslizante trazar círculos sobre su entrada. Gime alto y recibe un doloroso azote por ello, el calor centrándose en la parte golpeada de su culo, bajando deliciosamente a su ano cuando Harry vuelve a hundir el rostro entre las nalgas para lamerlo.

—¡Por favor! ¡Por favor, fóllame! —la voz sale sin previo aviso de los labios de Louis y él es más sorprendido; una lengua lo vuelve loco atrás y la enloquece adelante, sin preguntarle a su cerebro antes de hablar.

Louis se ruboriza por sus palabras, por lo agudas que suenan, por lo desesperado que está. Harry solo esboza una sonrisa mientras prensa sus labios contra el trasero fruncido del chico y fuerza con su lengua el anillo muscular, sintiendo las contracciones nerviosas del músculo.

Cuando la sinhueso de Harry entra en él, todo es un estallido de placer; se siente abierto, poseído y puede notar la fuerte lengua humectando su agujero, preparándolo para la gran polla; con solo pensar en la idea, la boca se le hace agua.

Harry se aleja, hincándose tras él, y Louis solo puede gemir lastimosamente en respuesta. El falo del hombre golpea una de sus nalgas y siente la demandante dureza contra la piel, causando un sonido sucio, obsceno, que lo lleva más límite.

—¿Qué es lo que querías, Louis? —pregunta Harry divertido, su erección deslizándose arriba y abajo entre las nalgas, tanteando la necesitada entrada.

Louis siente la punta lubricada del miembro acercarse y alejarse de su entrada, amenazando con entrar y romperlo en dos a cambio de más placer y dolor del que jamás imaginó. Está tan desesperado por Harry dentro de él que su cuerpo quema, reclamándolo.

—Por favor, amo, Harry… Fóllame, quiero que me rompas, por favor…

Harry realmente está disfrutando eso; las pestañas de Louis rociadas por lágrimas, sus mejillas moteadas de carmesí y el rostro sudosos descompuesto en muecas de anticipación y con el sudor haciendo que el cabello se le desordene y quede pegado a su rostro; es un desastre de hormonas y necesidad, restregándose contra él como un animal y aún con la audacia de sonrojarse como si tuviera pudor.

Harry alinea su eje con el anillo muscular del sumiso y mientras este le mira a los ojos, con el azul ahogado en la negrura del pecado, se hunde por completo de una sola estocada. Louis grita, sintiéndose abierto y lleno de golpe, sus entrañas quemando como el infierno y el cuerpo rígido tras haber sido empalado.

—¿Quieres que te rompa, mi pequeño sumiso? ¿Qué te folle hasta que no sepas nada más que mi nombre?

La cabeza de Louis se vacía con esas palabras y lágrimas de dolor caer por sus ojos, mezclándose con la sangre del labio; ama tanto ese sabor salado como el dolor de su cuerpo cuando se somete a Harry. Su polla endurece más con solo la idea de Harry follándolo sin piedad.

—Por favor, por favor hazlo, quiero me jodas ¡Harry! —grita alto cuando el hombre le complace, saliendo de él y volviendo a entrar con una poderosa estocada; los testículos chocando contra su culo y haciendo un delicioso sonido junto a sus gritos. —Oh Dios, Oh Dios…

Harry empieza a embestir Louis a un ritmo brutal y profundo, su polla sale hasta casi la mitad para volver a entrar de un fuerte movimiento de cadera, acompañado de agudos gemidos, que hunde la polla del hombre hasta los límites del cuerpo de Louis.

Louis está seguro de que, si Harry no es un dios, es un diablo. Lo folla con fuerza y sin compasión, su culo siendo penetrado por embates furiosos, profundos, fuertes y certeros, su entrada dolorida y dilatada con demasiada brusquedad; el interior de Louis pulsa contra la venosa erección y arde, enviando flechazos de dolor y descargas de placer a su polla hasta que el chico cree que reventará.

Harry lo toma de las caderas con una fuerza monstruosa y sigue empujándose dentro de él, amando como vibra su carne cada vez que se fuerza dentro de su cuerpo, como las carnosas nalgas acaparar toda su virilidad y su boca sonrosada grita por ello, confesando que ha tocado su punto dulce.

Las respiraciones agotadas, los jadeos, gritos y el sonido excitante de la carne chocando con la carne en un deseo irrefrenable de unirse, fundirse, hacerse uno; todo nubla el ambiente y la cordura, ellos dos no son más que rehenes del deseo y su carne enrojecida, sudorosa y erizada lo grita a los cuatro vientos. Cuando se tocan vuelven a nacer como animales salvajes que se buscan en el dolor, en el placer, en el azul y el verde mínimos de unos ojos negros como los de las bestias.

Harry le tira del pelo y obliga a su cuerpecillo a arquearse y molerse hasta atrás atrapando su polla, Louis empuja hacia la cadera del hombre, sintiendo que su cuerpo está siendo destroza; y joder que si se siente bien.

Una mano permanece en su cadera, la otra rodea su garganta y la atrae hacia detrás, su oído cerca de la voz de Harry.

—¿De quién eres, Louis? —pregunta con la voz ronca, colmada de placer. El orgasmo se aproxima y solo lo folla más fuerte, los gemidos del muchacho sobreponiéndose sobre sí mismo y sobreponiéndose a las palabras, a la respiración a cualquier otra cosa que no sea el placer.

—¡Tuyo, tuyo Harry! ¡Soy tuyo!

Su entrada se contrae entre gritos, la enorme polla escupe su semilla clavándose en lo más hondo de él y siente el calor líquido llenándole, marcándole; su propio cuerpo de tensa, se yergue y sin siquiera tocar su pene este estalla enviándole una onda de placer que parece licuarle el sentido.

Todo es blanco y brumoso, su cuerpo flotante, lo único que hay y existe es el increíble cosquilleo del orgasmo poseyendo toda su existencia y las tiras blancas de su semen volando sobre la cama.

Cuando Harry se separa, Louis cae en sus brazos, aun temblando por el clímax devastador.

—Eres un buen chico, Louis, mi buen chico.

No necesita nada más para conciliar el sueño sin temer al día de mañana.

12

Louis despierta y lo primero que ve al abrir los ojos es nada. Alza sus manos hacia estos, pero una voz le detiene.

—No. —dice Harry, simple y llanamente. Reconoce el tono autoritario y aleja sus dedos de la cara, usándolos para palpar la cama y lograr sentarse en la orilla de esta, encarando a la voz que le habla. —Buen chico. Hoy es el último día de los siete —anuncia Harry, Louis no puede verle y es ahora más consciente del pañuelo apretándose entorno a su visión. —, difundí la noticia ayer y parece haber causado mucho impacto. No te asustes, el lugar estará lleno de gente ¡Incluso ha salido en la televisión! A nadie le importa mucho el tema del BDSM, pero les importo yo porque soy joven y tengo mucho dinero, pero no te preocupes por eso, no dejarán pasar periodistas al evento. Solo nosotros y quienes realmente quieran ver el maravilloso buen gusto que tengo.

Louis se sonroja y deja ir una leve risita, imagina los hoyuelos de Harry porque él siempre le corresponde las sonrisas. Un tacto suave se escurre entre sus dedos y se afirma; Louis, algo menos confuso, toma la mano que Harry le ofrece y la aprieta fuerza mientras se levanta de forma ciega.

—Quiero que lo primero que veas hoy, sea tu collar, bebé. Y que lo que simboliza sea en lo primero que pienses cada vez que abras los ojos a partir de hoy.

El corazón de Louis se derrite por las profundas palabras y Louis asiente, perdiéndose en la voz de Harry mientras este lo guía hacia la planta inferior.

—Ya pensaba en eso antes… —reconoce. Harry no responde, Louis sabe que está sonriendo bien grande y le gustaría tanto verlo que se plantea desobedecerle.

No lo hace, ama ser un buen chico para Harry y ama que el hombre esté orgulloso de él, le hace sentir válido y querido; le hace sentir tan bien que

cuando está a su lado sigue sintiéndose así. Harry no le quiere —no únicamente—, Harry le ha enseñado a quererse.

Louis escucha las patas de una silla arrastrándose por el suelo, después la madera crujir bajo el peso de Harry. El hombre suelta su mano y lo atrae con un gran abrazo, haciéndolo sentarse sobre sus piernas. Una pequeña circunferencia fría se aprieta contra sus labios y Louis abre la boca en sorpresa, el objeto resbaloso entra y lo muerde con curiosidad. Sonríe, él ama las cerezas.

—Tienes que desayunar un poco antes de que nos vayamos, no quiero que mi hermoso sumiso se desmaye delante de todos. Yo soy el único que puede dejar tu cuerpo sin sentido ¿De acuerdo? —Louis sonríe y asiente, jugando con el hueso de la fruta en su boca.

—¿No te pone nervioso que vaya a haber tantas personas? —pregunta el chico, escupiendo el hueso en un bol que Harry prensa contra su barbilla.

—No, estoy acostumbrado a cosas así cuando organizo eventos, abro locales nuevos o amplío mi empresa. —Louis asiente, comprendiendo.

Sabe que Harry no recibe demasiada atención por el ámbito en que se maneja, pero para él más de una mirada sobre su cuerpo ya es realmente mucha atención, sobre todo si la mirada no es de su amo.

—¿Y si no les gusto? —pregunta con un poco de angustia en sus palabras, de repente se le traban y un enorme nudo baja a su garganta junto a las cerezas.

Una melódica risa posee sus oídos y sumerge su cavilante cerebro en un estado de relajación.

—Les gustarás y no lo haces, no importa; me gustas suficiente como para que no necesites agradar a nadie más aparte de a ti mismo, pequeño.

El chico se revuelve en sus brazos, nervioso y contento a la vez. Harry está siendo realmente dulce con él, ya a sabiendas de que volverá a casa con su sumiso luciendo el hermoso collar que le ha comprado. Louis puede notar la confianza de Harry y eso le hace sentir más relajado; no hay nada que pueda salir mal si su amo está apoyándole.

Cuando Harry lo sienta de copiloto y coloca una mano en su muslo durante todo el largo viaje, Louis teme que las cerezas vayan a volver para terminar sobre la tapicería de los asientos; sin embargo, Harry aprieta su muslo, le susurra que todo estará bien, y el color pálido de su rostro cambia a uno rubicundo y saludable.

Louis está demasiado nervioso, así que cuando el motor del coche calla, su mente empieza a gritar; a decirle que no tendrá tiempo de aceptar a Harry porque los demás no le aceptarán a él, a decirle que cuando deba decir sí su lengua no sabrá cómo hacer el trabajo y hará que Harry quede como un tonto y él como el mal sumiso que odia pensar que es. Quizá incluso derrama una bebida sobre Harry por los nervios, o el collar le resbala de las manos y cae haciéndose añicos, o pisa a alguien sin querer y crea problemas, o se pone tan nervioso que le vomita encima a su amo delante de una multitud que lo va a juzgar por cada bocana de aire que tome.

Dios, está tan al límite que cuando Harry le conduce desde el coche a un interior con calefacción, Louis siente un nudo en el estómago al notar en de su nuca deshacerse; no quiere quitarse la venda, va a llorar y no quiere hacerlo; van a juzgarle incluso por sus lágrimas. Recuerdos vienen a su mente, gritos, insultos, decepción y las lágrimas que no quiere derramar ahora. ¡¿Y ahora por qué lloras?! Eres un inútil, de verdad. Sienta la ansiedad pegándosele al paladar, la voz de su madre tan vívida como si la llevase tatuada en los tímpanos.

No es bueno para nada, ni siquiera para amar.

—¿Louis, estás bien? —dice Harry, su mano sobre el hombro, murmullos acercándose a ambos y la venda mojándose lentamente.

—Estoy nervioso. —confiesa con voz entrecortada. Harry arranca la venda y Louis se siente abrumado por la luz y las personas, pero no tiene un segundo para mirarlas.

Es volteado rápidamente, su rostro acaba contra el cuerpo de Harry y aunque todos pueden verle, se siente protegido.

—Todo estará bien, Louis. Te quiero. — susurra en su oído, con voz tan baja que siente como si fueran dos amantes hablando bajo la intimidad de las sábanas.

Louis solo asiente y una risa nerviosa escapa de él. Harry, ha dicho que le quiere, es demasiado bueno para estar llorando en este momento. Enjuga sus lágrimas como puede y después alza la cabeza para mirar a Harry a los ojos y sonreír sinceramente.

—Yo también te quiero. —le murmura, acurrucándose contra su pecho y con sus ojos encendidos por un brillo hermoso.

—Ven sígueme, haremos esto y después, cuando volvamos a casa, todo el mundo sabrá que te tengo en mi vida.

Harry anda hacia el centro de la sala, donde una tarima circular levemente elevada deja a la vista a quien suba a ella; nadie se atreve a acercarse demasiado, sin embargo, todos la rodean de forma irregular. Louis sigue a Harry con la cabeza bajada, las manos junas y la cabeza en lo bien que dormirá esa noche sintiendo el frío collar contra su piel.

Harry pone un pie sobre la tarima de madera, el sonido hueco resuena en toda la sala y los cientos de miradas se vuelven en su dirección. El silencio ocupa todas las bocas desterrando los murmullos, el rumor de la sala se disipa dejando solo el sonido imponente de los pasos de Harry andando hacia el centro y el de los de Louis, como un débil eco que le sigue.

Algo no anda bien, Louis no sabe qué es, pero cuando su mirada surca el mar de espectadores, siente que hay algo malo en ellos. Ha visto algo y no comprende que es, pero la resulta familiar le produce nauseas. Está temblando.

Harry se coloca delante de él, apoya las manos en los hombros con total seriedad y empuja levemente, ordenándole de forma muda que se postre; el sonido de sus rodillas al tocar el suelo inunda toda la sala, parece rebotar por las paredes y dispararse en su cabeza hasta que le causa dolor. Louis no se siente bien, solo quiere que Harry le meta en el coche de nuevo y le aleje de lo que sea que tanto rechazo le causa.

—Louis Tomlinson ¿Quieres ser mío?

Su voz, fuerte y seca, aturde a todos los oyentes. Louis puede sentirla apretar su piel con posesividad, hacer hormiguear los labios deseando arrancar un sí. Sí, amo, sí, amo ¡Sí!

Las palabras se atoran en su garganta, sus ojos brillan con impaciencia y la mueca de Louis se endurece, esperando una respuesta y esperando que todos los demás la oigan.

—S…

—No. Él debería decir que no y tú no tendrías que estar haciendo esa pregunta, en primer lugar. —aguardentosa, profunda, cercana. Louis gira su cabeza mecánicamente hasta el portador de esa voz.

Lo encuentra ahí, parado de forma irreverente, con los brazos cruzados sobre el pecho y una esposa ornamental colgada de uno de ellos, con una mueca de disgusto en su cara y un gesto de asentimiento que parece programado en su cuello, como si se tratase uno de esos monigotes horteras a los que la cabeza les tiembla siempre.

—Papá… —gimotea lastimeramente Louis. Los pequeños ojillos recubiertos de arrugas lo miran afiladamente, haciendo que las palabras nunca

salgan.

—Él es un niño que todavía no sabe lo que quiere. Este no es un buen futuro para él. Louis, ven aquí, vas a venir a casa y a dejar tu tontería de carrera y de novio y vas a hacer algo bueno para ti, aún quedan plazas en medicina.

El corazón de Louis se estruja dentro de su pecho y las lágrimas se acumulan en sus ojos. La voz de su padre es como una soga que se le ata al cuello y tira de él hacia su antiguo infierno, una soga que no puede quitarse y que no deja espacio para el collar de Louis.

Hace un amago de levantarse, pero Harry coloca una mano en su hombro, dejándolo arrodillado. Louis no puede siquiera hablar, pero lo mira con los ojos llenos de agradecimiento.

—¡Louis, ven ahora mismo! —grita el padre, la madre niega con la cabeza, decepcionada. Siempre ha sido así: él solo tiene reclamos para Louis y ella nunca se esmeró en siquiera dirigirle la palabra. —¿Te hemos dado la vida y así nos lo agradeces? Nunca haces lo que decimos ¡Eres una decepción!

Un sollozo se escucha y el ceño del padre de Louis se frunce aún más, multiplicando las ya existentes arrugas. A Harry no le gusta ese hombre, tiene los ojos diminutos como una rata y la boca seca y agrietada, no parece un padre, sino un enterrador.

—Louis no irá a ninguna parte. Él no tiene por qué hacer lo que dices para complacer a nadie y él no es propiedad de nadie, aunque sea usted su padre. —declara Harry, su voz imponiéndose a la marea de cuchicheos que las intervenciones de los padres han causado.

—¿No es un poco hipócrita eso viniendo de ti? —lanza la madre, Harry queda paralizado en el lugar por el comentario. La señora alza una ceja cuando el dominante balbucea.

Louis escucha algunas risas y muchas sorpresas por lo humillante que ha sido eso último para su amo. Se le saltan las lágrimas al pensar que su madre es capaz de arruinar también la vida de la persona a la que ama. Se pone en pie sin titubearlo, con las piernas hechas de gelatina, pero la voz de convicciones.

—¡No es hipócrita! Yo soy de Harry y le obedezco porque él solo ordena cosas que son buenas para mí, porque él me quiere y servirle me hace feliz. Esto no tiene nada que ver con el egoísmo de esclavizar a alguien sin elección para que sea lo que te conviene; esto no tiene nada que ver con lo que vosotros lleváis haciendo toda la vida. —su madre abre la boca con disgusto y la multitud vuelve a reír ahora, mirándola. Se le pone la cara roja y el marido aprieta la mandíbula hasta tensar tanto el rostro que

parece hecho de cartón. Louis sabe que no van a decir nada más, él nunca les ha replicado así que no estaban preparados para esto— Y sí, Harry, quiero ser tuyo.

El hombre sonríe, la multitud aplaude hasta que sus padres se disipan entre la gente y desaparecen por fin de su vida, de sus pesadillas y de su mente. Harry extiende la palma de la mano abierta y alguien deja sobre ella un hermoso collar plateado con un candado en el centro. En las tiras que lo unen Louis puede leer su nombre y el de su amo, así como el de la fecha de hoy.

—Has grabado nuestros nombres… —susurra maravillado, pasando los dedos por las líneas curvas que se hunden en el metal.

—Sí, tardan siete días en hacerlo. —le explica Harry con una enorme sonrisa.

Los hoyuelos aparecen frente a los ojos de Louis y el frío envuelve su cuello. Por primera vez, se siente libre.

Fin

Sé que la historia es algo corta, pero la tenía escrita desde hace un tiempo, durante la etapa en la que experimenté con historias cortas, bonitas y sencillas. Quería escribir algo caliente, pero tierno, algo corto pero que dejase una buena impresión duradera. Espero que os haya parecido bonita la historia y que la recordéis con mucho cariño.

Si te ha gustado la obra y quieres apoyarme o tenerla, compra el libro (en físico o ebook) por MENOS DE TRES DÓLARES en amazon.com o lulu.com (aquí es más barato). Los links son los siguientes: (si no puedes usarlos, pídelos en los comentarios):

http://www.lulu.com/shop/diother-lu/siete-d%C3%ADas-de-sumisi%C3%B3n/ebook/product-23812404.html

https://www.amazon.com/dp/B07GY2NJX9

Muchas gracias por leer, por favor, vota y comenta. Sígueme o comparte esta historia para apoyarme de forma gratuita <3 Os quiero mucho lectorcitos <3

He empezado un omegaverse, por si después de esta historia queréis leer algo más de lo que hago :D También tengo una obra bdsm en proceso (''órdenes y desorden).